



Concurso
de Cuentos

Julio Cortázar

Lo que **Inicia**
un **Incendio**

Diego Abragiano

(emch)^{*}
EDITORIAL
MUNICIPAL
CHIVILCOY

Lo que **Inicia**
un **Incendio**
y otros cuentos

DIEGO ABRAGIANO

*(emch)**
EDITORIAL
MUNICIPAL
CHILCOY

Abragiano, Diego

Lo que inicia un incendio / Diego Abragiano. - 1a ed. - Chivilcoy :

Municipalidad de Chivilcoy, 2021.

38 p. ; 21 x 15 cm.

ISBN 978-987-4427-15-1

1. Cuentos. 2. Narrativa Argentina. I. Título.

CDD A863

A RAÚL BARBALACE

Intendente Municipal: Dr. Guillermo Britos

Secretario de Cultura y Educación: Dr. Adrián Vila

Directora de Educación: Profesora Francisca Mazzotta

Coordinador de Cultura: Daniel Guala

Coordinadora de Cultura y Turismo: María del Carmen Ruggirello

Septiembre 2021

Editorial Municipal Chivilcoy

Edición: Daniel Casas Salicone

Diseño y diagramación: Vanesa Vitale DG

Disponible su versión digital en: www.editorial.archivoliterariochivilcoy.com

Impreso en el mes de septiembre de 2021

en la imprenta Rossetti 15, de Gabriel Sosa, en Chivilcoy, Buenos Aires, Argentina

LO QUE INICIA UN INCENDIO

Hablo con Mirta. Le digo que debí haberme puesto más firme con la madre de Mariano cuando le dije que era demasiado pronto. Pero la madre insistió en que Mariano saliera a buscar trabajo, en que aunque no consiguiera, le haría bien estar ocupado en algo. Él nunca quiso trabajar, le digo a Mirta. Ya se lo he dicho varias veces eso a Mirta y le he explicado que no es algo de ahora, algo que le haya surgido desde que empecé a consumir. Viene de mucho antes, de cuando era chico. También le he dicho varias veces que él había sido mi mejor amigo. Y ahora cuando hablo esto con Mirta presto especial atención para decir nunca “quiso” trabajar. Las primeras veces dije nunca “pudo” trabajar y Mirta me respondió de mala manera. Por eso ahora cuando le hablo de Mariano digo nunca “quiso”. Y Mirta no dice nada. Quizás ya ni me escuche.

Ella sabe toda la historia de Mariano porque yo se la he contado. Sabe lo del padre, por ejemplo. El viejo quería que estudiara, que Mariano fuera al Colegio Industrial. Y era una obsesión que justificaba con su propia historia, la que aprovechaba a contar en cuanto tenía oportunidad. Todos los amigos de Mariano la conocíamos. Y era la siguiente: cuando el viejo terminó sexto grado había empezado a trabajar en un taller, por la mañana. Una tarde, dos pibes del barrio le pidieron que los acompañara hasta el Industrial, adonde iban a anotarse para el secundario. Él también retiró una planilla de inscripción y cuando llegó a la casa, su padre, es decir el abuelo de Mariano, se la rompió en cuatro pedazos en la cara y le dijo que nada de estudio, que había que trabajar porque se necesitaba la plata. Así la contaba el viejo. Y así justificaba que su hijo Mariano debía ir al Industrial. Yo lo escuché de la propia boca del viejo y así se la conté a Mirta. Mariano fue a primer año, repitió, y a la mitad del año siguiente decidió abandonar. Yo no puedo trabajar ni en una fábrica ni en un taller, me decía. Me lo decía a mí, que era tal vez el único que lo comprendía. A mí, que sí fui al Industrial. A mí, que ahora trabajo en una rectificadora de ocho a doce y de dos a siete.

Conozco a Mariano más que su propia madre. Por eso sé que ahora ella comete un error. Mariano pasó seis meses en la granja, hoy volvió a la casa y la madre le pidió que saliera a buscar trabajo. Cuando él empezó con los problemas el padre ya había muerto. Yo, aunque ya no compartía tanto tiempo con él, me di cuenta bastante pronto de lo que le estaba ocurriendo, porque veía con quiénes se juntaba. Yo ya salía con Mirta para entonces.

Lo noté bastante bien, le digo a Mirta, todavía tiene que tomar algunas pastillas, pero está bien. Habló muy poco, quizás por vergüenza o por tristeza. No me pude quedar mucho tiempo, tenía que ir al trabajo.

Al día siguiente llego a casa dos horas más tarde. Mirta mira la televisión y me saluda de mala gana. En la mesa está la cena. Fría, sin tocar. Le digo a Mirta, que no deja de mirar la pantalla, que no me mira mientras le cuento, que me retrasé porque pasé por lo de Mariano. Le sigo contando, aunque no me mire, que esa mañana, cuando Mariano se levantó, la madre le tenía planchada una camisa y le había lustrado los zapatos. Dijo la madre, que para pedir trabajo había que ir bien vestido, que los patronos se fijaban en esas cosas. Mariano se puso la camisa y los zapatos y salió para el centro. Tuvo una entrevista en un autoservicio. El dueño le dijo al principio que se le había ido un repositor. Le empezó a hacer preguntas y él la iba llevando bien. Pero en un momento lo interrumpieron al tipo porque un viejo se llevaba un paquete de fiambre metido en la ropa, y la cajera, que fue la que lo había visto cuando se lo metía, lo llamó. Entonces el tipo le dijo a Mariano que esperara, que tenía que resolver el asunto. Y Mariano vio y escuchó cómo se paró al lado del viejo y le decía que lo habían visto esconderse algo y el viejo sin decir nada, se bajó un poco el cierre de la campera, sacó el paquete de fiambre se lo puso en las manos y se fue. El tipo lo hizo un bollo, lo tiró en la basura y volvió a hablar con Mariano. Y Mariano me dijo que eso lo puso muy nervioso y entonces cuando retomaron la charla a él no le salían las palabras, se trababa, como le pasaba unos meses atrás. El tipo se dio cuenta y empezó a

preguntarle si tenía problemas, si tomaba algún medicamento y él se puso más nervioso todavía, dijo que no se sentía bien y se fue. Así termino de contarle a Mirta y ella ahora me mira, pero no dice nada.

Termino de comer y me acuesto. Mirta sigue mirando la novela. Estoy solo, boca arriba en la cama y pienso en Mariano. Trato de definirlo, de explicarlo. Busco y selecciono algunas de las historias de Mariano que me han quedado grabadas. Para tratar de definirlo. Una. Estamos en un recital, en la calle, para el aniversario de la ciudad. Ambos con dieciséis años. Estamos bastante cerca del escenario. La banda ya está tocando. Mariano se da vuelta y se pone de cara al público, que ha llenado la avenida, que se ha apretujado para ver lo más de cerca que pueda. Cantan, saltan, levantan los brazos. Mariano se queda dando la espalda al escenario, observando a la gente. Lo miro. Me dice que le parece maravilloso que esté toda esa gente reunida, compartiendo un lugar, personas que no se conocen, en un momento único que no va a volver nunca más. No recuerdo qué respondí, o si respondí. Dijo que era como si estuviera viviendo un momento mágico, de plenitud, que no sabía cómo llamarlo, algo que justificaba la vida. Se dio vuelta para mirar de nuevo el escenario. Tenía los ojos llorosos. Lo abracé, era mi mejor amigo. Dos. La noche que fui a decirle a Mariano que me casaba con Mirta (yo era muy joven cuando me casé). Él ya estaba con problemas. Me felicitó. Lo invité al casamiento. Sentí que no le dio demasiada importancia. Se puso a hablar de él. Hablaba más lento, tenía la boca pesada. Quiso explicarme por qué no podía trabajar y que para su vida quería otra cosa. Me narró una especie de visión o imagen que por entonces solía tener. Sentía que iba caminando por la avenida en medio de una comparsa de carnaval y de repente se metía por una puerta estrecha de una de las casas. Esa puerta daba a una escalera, también estrecha, y la escalera a un balcón. Él se asomaba por ese balcón y veía pasar a la murga. Personas con caretas o con los rostros pintarrajeados, caminando hacia adelante, algunos bailando o saltando, otros a paso lento, pero todos sin poder detenerse, sin mirar a los costados, ni al cielo, aturdidos por el ruido de redoblantes y bombos. Y en medio de esa murga, se reconocía a él mismo, en el grupo de los que marchaban

despacio, con la cabeza gacha. Se reconocía perfectamente, a pesar de que llevaba puesta una máscara. Una máscara que no podía describir.

Paso a verlo al mediodía. Apenas entro, la madre me dice que Mariano no había tenido suerte pero que no debía perder la fe y que no se puede pretender conseguir trabajo en dos o tres días. Él está sentado a la mesa, me mira y no dice nada. Cuando la madre se va a dormir la siesta le hablo a Mariano, le prometo que voy a conversar con la madre para que le dé más tiempo, para que no lo presione.

Al llegar a casa Mirta me reprocha que estoy más en lo de Mariano que con ella. Un rato a la noche vaya y pase, dice, pero que ahora también use las dos horas que tengo de descanso al mediodía, le parece demasiado.

A la mañana siguiente de nuevo estuvo la camisa planchada en el respaldo de la silla y la madre le insistió a Mariano en que salga, aunque sea a caminar por el centro para ver si se le presentaba algo que le gustara. Es la mañana del incendio en el depósito de plásticos, a tres cuadras de la plaza. Ese mediodía, cuando paso por su casa al salir del trabajo, Mariano me cuenta que justo pasaba cuando llegó el primer camión de bomberos y que se había quedado todo el rato ahí, mirando y pensando. Que desde que había escuchado los primeros comentarios acerca de que el fuego habría empezado por un cortocircuito en el entretecho, se quedó pensando en eso. En el origen del incendio. Se sentó en el cordón de la vereda y su cabeza trató de imaginar los primeros instantes, el toque de dos cables que genera las primeras chispas, esporádicas, débiles, que se forman y se apagan en el aire; después otras más seguidas, algunas que caen sobre la madera del cielorraso y en ese contacto desaparecen, impotentes. Luego el calor, también el calor se fue imaginando, el plástico de los cables que empieza a derretirse, la formación de unos fuegos breves que se esfuerzan por no apagarse. Hasta que se convierten en verdaderas llamas y dos o tres de ellas empiezan a juntarse y crecer. El humo negro que de a poco inunda el entretecho. Con esas palabras me lo cuenta Mariano, y que no sabe cuánto tiempo estuvo así, pensando, que no sabe si fueron

unos minutos o casi una hora hasta que un bombero le tocó el hombro y le explicó que iban a desalojar toda la cuadra.

Cuando termina el relato me dice que a la tarde quería ir a visitar a una amiga, que no veía desde antes de la internación y que le gustaría llevarle un regalo. Le doy plata y me voy de nuevo al trabajo, sin pasar por casa, sin almorzar. Presiento que Mirta, esta vez ni siquiera me había preparado la comida.

Vuelvo a lo de Mariano, cerca de la hora de la cena, la madre me cuenta todo. Me lo cuenta con calma. Con la calma con la que se evapora un charco de agua. Mariano había estado toda la tarde afuera y cuando ella ya empezaba a preocuparse, escuchó la puerta. Él se metió directamente al dormitorio, así que no lo vio. Pero como pasaban los minutos y no se escuchaban ruidos ni movimientos, ella fue a mirarlo. Estaba sentado en el piso, con la espalda apoyada en la cama y las piernas hacia adelante. Movía la cabeza. La miró, la madre me cuenta que la miró, y que intentó decir algo pero no pudo. Tenía el jean y las zapatillas empapadas y se sentía el olor a orina. La madre me lo cuenta con calma, sin llorar, pero con una voz que suena como si saliera de una rajadura. Me pide que vayamos a verlo. Abro la puerta del dormitorio y ahí está, dormido. Sigue en el mismo lugar, con el pantalón mojado. Yo también siento el olor. Duerme con la cabeza caída sobre uno de los hombros. Pobrecito, pobrecito, dice la madre y me mira. Se supone que debo decir algo. Que debo hacer algún comentario tratando de consolarla. No digo nada, no puedo. No siempre se puede.

LA CUERDA SOBRE EL ABISMO

Esa noche, Martínez lo vio todo. No se lo contó a su mujer, la Rosa, porque cree que ella no entiende nada y quién sabe qué cosas sale después a decir. Tampoco se lo contó a sus conocidos. Temía quedar implicado en algo porque Zunino lo conoce a él. Es más, fue él quien esa noche trajo a Zunino a la quinta. Lo vio todo porque es el casero y está atento a todo lo que pasa en ese lugar. Cuando el patrón no está y también cuando está.

El patrón había conocido a Zunino en el cumpleaños del abuelo de un amigo. El viejo era italiano y a uno de los familiares se le ocurrió contratar a Zunino porque tocaba tarantelas y canzonetas con el acordeón. Zunino era quizás más joven de lo que aparentaba su figura frágil, enfermiza. Vivía con la madre en un campo a veinte kilómetros. La casa era casi una tapera que el dueño del campo les prestaba porque el padre había sido puestero en ese lugar. Zunino no aprendió el trabajo de campo. Por culpa del asma, de chico tuvo que pasárselas encerrado en la casa, escuchando música en la radio y aprendiendo a tocar de oído el acordeón a piano que le habían comprado. Sabía tocar principalmente esas canciones que habían traído los inmigrantes. Las que se cantaban en su casa y en la de los amigos de sus padres. Tanos y españoles de distintas regiones que solían juntarse los fines de semana para macerar la nostalgia, para suavizarle ese sabor agrio. Aquel aprendizaje le permitía ahora a Zunino ganarse unos pesos en fiestas de colectividades, cumpleaños o aniversarios de casados de los viejos venidos de Europa que todavía quedaban. Vivía con eso y con la pensión que la madre cobraba por el marido muerto.

El patrón organizó una despedida para uno de sus socios que se iba a vivir a Italia. Un asado sólo de hombres. Y se le ocurrió llamar a Zunino para animar la noche. Le encargó a Martínez, al casero, que lo fuera a buscar al campo.

Martínez salió con su camioneta vieja. Para llegar a la casa de Zu-

nino había que meterse por una tranquera y atravesar varias cuerdas de un camino angosto, apenas respetado por el yuyal amenazante que lo rodeaba. La total oscuridad, lo desolado del lugar, le recordaron a Martínez la noche en que en un charret fue en busca de una mujer. Eso había sido treinta y ocho años atrás y en un lugar lejos de este, en una provincia más al norte y más pobre. Aquella noche tomó dos cañas en el boliche y salió decidido a buscarla. Una mujer para tener. Había cumplido los veinte años y ya no se aguantaba no tener una que fuera suya, como tenían los otros paisanos que iban al boliche. En las noches de campo es complicado no tener nada en qué ocuparse y no tener una mujer.

Conocía a las hermanas Ramírez, la Rosa y la Patricia. Las conocía de los bailes, a los que iban siempre custodiadas por la madre. A él le gustaba la Patricia y no le importaba que ella cada noche de fiesta se fuera con uno distinto, previo arreglo con la vieja. La Patricia lo calentaba. La Rosa, en cambio, no era pretendida por nadie. Tenía un aspecto demasiado sumiso, no era bonita y tenía la mirada y los gestos de alguien que vaga en un laberinto tan lejano como propio, sin esperanza de salida. Y no había otras mujeres a las que él pudiera acceder en aquel lugar, tan poco poblado, tan lleno de silencio. Ese silencio que generalmente se siente como una manifestación de la calma, pero que en ciertas ocasiones parece adoptar la forma de un embudo, cuyo extremo desemboca en el espanto. Entonces esa noche después de las dos cañas que tomó de un solo trago, sin decirle a nadie se fue para el rancho de las Ramírez.

Golpeó las manos y lo hicieron pasar. En la cocina solamente estaba la vieja y él con voz firme le dijo que venía a llevarse a la hija. La mujer llamó a la Rosa y le explicó que se armara un bolso con la ropa. Tenés que estar contenta, te vino a buscar un hombre, le dijo. Martínez aclaró que quería a la otra, a la Patricia. Esa no se mueve de acá, respondió la vieja. La necesito para comer. Llevate a la Rosa que es buena chica. Y Martínez salió con la Rosa, que no le hablaba, que lo miraba y le sonreía con esos ojos apagados cada vez que el carro se sacudía en el penoso camino que salía del rancho. Un camino muy parecido al que ahora lo llevaba a la casa de Zunino.

Martínez volvió con Zunino, lo dejó frente al portón de la quinta y se fue a cenar con la Rosa. El patrón le había encargado que también lo llevara de vuelta cuando terminara la cena, así que se quedó despierto. Salió de su casa de puestero y se arrimó al alambrado cubierto de ligustrinas que lo separaban de la otra parte de la quinta; desde donde vio casi todo.

Zunino, que sabía del motivo de la reunión, arrancó con las canciones italianas. *Quel mazzolin di fiori*, *Era nato poveretto* y otras. Pero después de algunos primeros aplausos y festejos empezaron a no ser tan entretenidas para los cinco hombres invitados. Comieron (a Zunino le sirvieron en una mesita al lado de la parrilla) y después volvió la música. Zunino se dio cuenta de que las canciones en italiano no estaban dando resultado y entonces probó con algunas picarescas que levantaron el ánimo, las risas y los gritos de los tipos que no paraban de vaciar botellas de toda clase. Pero eso no duró más de media hora. Para seis hombres cercanos a la borrachera, empezaba a no alcanzar con eso. Quisieron más en esa noche en la que se habían liberado de los negocios, las esposas y los hijos por una vez en mucho tiempo. Demasiado precio pagaban en su vida como para quedarse en aplausos que acompañaban una tarantela. Entonces eligieron divertirse a costa de Zunino. Le quitaron el acordeón y uno de ellos lo imitaba, grotescamente, con un burdo acento italiano. A Zunino la burla parecía no importarle tanto como que no le pasara algo al instrumento. Y se dieron cuenta de eso. Hasta Martínez, que miraba desde atrás de las ligustrinas se dio cuenta. Así que empezaron a jugar con la desesperación de Zunino. Lo ataron a un poste de la galería y casi en su cara amagaban con arrimar un fósforo encendido al acordeón o volcar un vaso de vino sobre las teclas mientras Zunino pataleaba y lloraba como un chico encaprichado. Ellos se reían. Después, uno agarró el instrumento por una de las manijas y el fuelle se desplegó como en un acto de desnudez, a punto casi de tocar el piso. Así, lo llevó hasta el borde de la pileta y lo movía a la manera de un péndulo, como tomando impulso para arrojarlo. Zunino entró en una crisis de nervios. Al principio a los tipos les pareció que no era tan seria y le enchufaban el pico de la bo-

tella de whisky en la boca para que tomara. Siempre riéndose y gritando. Hasta que Zunino cayó desvanecido y se hizo silencio. Un silencio que a Martínez le llegó como una falta de aire, como un ahogo. Pero que duró poco. Uno de ellos llenó un balde con agua de la pileta y se lo vació a Zunino en la cara, quien rápidamente reaccionó y levantó la cabeza, empapada, con la boca abierta, semiahogado por el baldazo. Las risas volvieron más fuerte que antes. Lo desataron y Zunino salió disparado, sin decir nada, a guardar el acordeón en el estuche. Los otros se fueron adentro y Zunino caminó hasta el portón de entrada de la quinta.

Martínez se metió en su casa inquieto, justo en el momento en que el *handie* sonaba con la voz del patrón, pidiéndole que llevara de vuelta a Zunino.

Martínez arrancó la camioneta, salió y frenó para que Zunino subiera, con los pelos chorreando agua y el acordeón abrazado, envolviéndolo, como haciéndole con su cuerpo una cáscara de protección.

Martínez no tardó en darse cuenta de que Zunino iba sollozando, con una congoja que le sacudía el pecho en espasmos y le hacía brotar un ruido desde la nariz, aspirando el aire con furia, como si desde ahí tirara de algo, sujetándolo para que no se le fuera. Entonces, cuando no habían recorrido más de quinientos metros, Martínez tomó la decisión. Se convenció de que no podía llevar así a ese hombre, que no podía soportarlo. No iba a poder aguantar veinte kilómetros casi pegado a él sin decirle nada. Porque ¿qué podía decirle o preguntarle? Así que fue hasta la avenida, donde estaba la agencia de remises y de su bolsillo pagó por adelantado el viaje de Zunino hasta el campo. Ahí, en la puerta de la remisería lo dejó, sin despedirse, y para hacer tiempo y no volver tan pronto a la quinta, se fue hasta el bar. No había lugar en la mesa que ya se había armado para la cunca, entonces se sentó solo, en un rincón. Pidió una ginebra y tuvo tiempo para pensar. Pensó, tomó otra ginebra y se convenció de que Zunino era un tonto que no se hacía tener respeto. Zunino se tenía merecido lo que le ocurría. Que en la vida, para que no te pasen por arriba te tenés que poner firme, plantarte. Como lo hacía el patrón; y como aquella noche de hace muchos años hizo la madre de la Rosa.

Varias semanas después, el patrón le comentó que finalmente su socio no se había ido a Italia por unas complicaciones. Le preguntó a Martínez si se acordaba del socio. Y Martínez sí que se acordaba, cómo no se iba a acordar. Si cada vez más a menudo sueña con escenas parecidas a las de aquella noche, con aquella despedida. Al principio, en esos sueños, Zunino aparecía atado por los pies con una soga, y entre todos los otros lo metían y lo sacaban de la pileta como un saquito de té. Pero esos sueños fueron creciendo, perfeccionándose y Martínez ahora se siente participando en la escena. Zunino sigue con los pies atados y el otro extremo de la soga está sujeto al tractor para cortar el pasto. El tractor avanza a lo largo de la quinta, entonces Zunino, sollozando, desesperado, trata de caminar con los brazos, ridículamente, para no arrastrar la cabeza por el piso y los otros seis se tiran al suelo muertos de risa mientras él, Martínez, maneja el tractor y les guiña un ojo.

Lo curioso es que cuando tiene esos sueños, se levanta distinto. Martínez siente que esos días es otro hombre. Y de eso puede dar fe la Rosa, que ahora, todas las mañanas cuando Martínez se despierta, lo mira con atención. Hasta parecen haber cambiado su expresión los ojos de la Rosa, ahora más abiertos, casi despavoridos. Lo mira a Martínez y lo estudia sin que él se dé cuenta, tratando de adivinar si se trata de uno de esos días. Y le tiemblan las manos a la Rosa, cuando le sirve el mate cocido.

KIMOSABI

Estaba convencido de que Kimosabi me podía aportar algunos datos. Por esos días, yo estaba escribiendo una historia que se desarrollaba en un orfanato y todos en el pueblo sabíamos que Kimosabi, el mozo del Viena, había vivido muchos años en uno de esos institutos. Lo habían dejado ahí recién nacido y salió después de cumplir los dieciséis, cuando Hainze le dio el trabajo en el bar, le acomodó una piecita en un altillo y desde entonces Kimosabi vivía y trabajaba en el mismo sitio. Apenas llegado, algún cliente le había puesto el apodo de Kimosabi por esos rasgos que le daban un parecido a Toro, el indio compañero del Llanero Solitario que usaba esa expresión: Kimosabi. Era amable y desde el principio había conformado a Hainze con su modo de trabajar. Nunca se le conocieron familiares, salidas o cualquier actividad fuera de las paredes del Viena. Tampoco mujer. Hainze, por su lado, era un tipo parco, de pocas amistades, que en el bar jamás se metía en conversaciones con los parroquianos por más que fueran clientes de muchos años. Había enviudado a los cuarenta y pico y desde entonces sólo había tenido el bar y a Kimosabi. Patrón y mozo envejecieron juntos. Ahora uno rondaba los setenta y cinco y el otro los sesenta.

Elegí para ir al bar un martes a la tarde, a eso de las cuatro. Sabía que en ese horario no iba nadie y seguramente encontraría a los dos viejos repasando las copas o acomodando algunas mesas. Caminé despacio las cuadras entre mi casa y el boliche pensando en cómo podría sacarle a Kimosabi la conversación sobre el orfanato, ya que nunca lo había oído hablar del tema. Todo lo que sabía era por comentarios de pueblo. Además, iba a tener que tratar de que Hainze no empezara a protestar o mandarlo a hacer alguna tarea. Me preguntaba también, cómo serían las charlas entre esos dos viejos, después de haberse visto la cara todos los días durante los últimos casi cincuenta años.

Entré y la escena era similar a la que esperaba. Detrás del mostrador, cerca del extremo más cercano a los baños, Hainze repasaba unos vasos

con una servilleta. Kimosabi estaba sentado en la mesa más próxima a ese sitio. Apenas abrí la puerta Kimosabi se puso de pie. Me senté en una de las banquetas del mostrador, junto a la mesa en que él estaba y Hainze me miró, esperando mi pedido. Un café doble le dije, y empezó a prepararlo. Kimosabi seguía parado, aunque no tenía que atenderme. Busqué algún modo de iniciar una conversación con él; hablé del equipo que había armado Sportivo y las posibilidades en el Regional que estaba por arrancar. Le pregunté si había jugado al fútbol y dijo que sí, que cuando era chico jugaba. ¿Eran muchos varones en el Instituto?, interrogué, vislumbrando la posibilidad de llevar la charla para donde yo quería. Respondió que sí, pero que eran de edades muy diferentes, entonces era difícil armar partidos entre ellos. ¿Cuántos años estuviste ahí? le pregunté, aunque era algo que ya sabía. El viejo Hainze apoyó mi café en el mostrador; le hice un gesto de agradecimiento con la cabeza. Volví a mirar a Kimosabi. Dieciséis años, dijo. Mucho tiempo..., comenté para tratar de ganar minutos, mientras pensaba en la manera de seguir preguntando lo que me interesaba. Dieciséis años excepto tres meses, agregó Kimosabi. Hainze había vuelto a repasar los vasos y tenía la vista fija en ellos. Sin que yo tuviera que preguntar nada, Kimosabi continuó.

“Recién había cumplido los ocho años, estaba en tercer grado de la escuela y un sábado a la tarde apareció un matrimonio de La Pampa. Todos sabíamos que cuando aparecía un matrimonio de visita era porque querían un chico. Estuvieron toda la tarde con nosotros, compartiendo la merienda, nos miraban jugar, se acercaban a conversar con unos y otros. El Director los acompañaba. A la tardecita se fueron. El lunes, la celadora me avisó que el Director quería hablarme. Me dijo que la pareja que había estado el sábado estaba interesada en mí, que querían conocerme porque pensaban adoptar un chico. Me preguntó si estaba dispuesto a irme y yo, que a esa altura había perdido un poco las esperanzas de que alguien me eligiera porque siempre se llevaban a los más chiquitos, sentí que el corazón me golpeaba en vez de latir. Podría decirse que era la primera emoción grande en lo que llevaba de vida. Cuántas noches antes de dormirme había rezado para que alguien me sacara del Instituto. Y cuando termina-

ba de rezar, me quedaba imaginando la vida con una familia. Por ejemplo, que me estuvieran esperando a la salida de la escuela. Muchas veces imaginaba esa escena y me hacía bien, me dormía contento. Yo salía de la escuela, estaba el colectivo naranja del Instituto parado en la puerta, otros chicos subían, el Colo, Danielito, pero yo no. A unos metros del colectivo una madre a la que no le veía la cara me esperaba, me besaba, y tomaba el portafolio mientras me preguntaba cómo me había ido, qué habíamos hecho esa mañana, y salíamos caminando de la mano.

“El Director, seguramente percibiendo mi entusiasmo, trató de calmarme. Me explicó que era un proceso muy largo; ellos te quieren seguir conociendo, hay que hacer trámites, entrevistas, papeles y puede llevar mucho tiempo. O puede pasar que se arrepientan, etcétera. Me acuerdo que dijo así: etcétera.

“El matrimonio siguió yendo todos los fines de semana. A veces el sábado, otras el domingo, y se quedaban toda la tarde. Aunque miraban y conversaban con los otros chicos, pasaban casi todo el tiempo conmigo y fui sabiendo más sobre ellos. Tenían un hijo de diez años. El chico había nacido con una deficiencia mental y ellos querían que tuviese un hermano. Querían para el chico un hermano sano. Habían empezado a quererme, yo me daba cuenta, lo sentía, y hacía todo lo posible para que me quisieran más.

“Un sábado trajeron al chico. A pesar de que me llevaba solamente dos años era mucho más grandote que yo. No me prestó demasiada atención esa vez. Miraba todo, con la boca semiabierta, los párpados un poco caídos. Al poco rato le arrancó un juguete de las manos a Quiquito que tenía dos años y todavía no hablaba. Creo recordar que era un velero en miniatura. Quiquito lloraba pero aunque los padres le hablaban al chico, no hubo manera de que le devolviera el juguete. Se lo llevó a un rincón, se arrodilló mirando hacia las paredes y empezó a desarmarlo, destrozándolo, arrancando a tirones las piezas que saltaban por el aire.

“Después vino el período en que me empezaron a sacar. Una tarde me llevaron de picnic a la laguna, otras veces fuimos al parque o al circo. Con el chico nos llevábamos bien y los padres estaban contentos. Em-

pezaron a hablarme de que querían que fuera a vivir con ellos, me contaban cómo era su casa. Yo estaba loco de alegría y a todo decía ‘muchas gracias, muchas gracias’.

“Cuando se iniciaron los trámites de la adopción me la pasaba de reunión en reunión con el Director y la asistente social. Fueron meses que a mí se me hicieron eternos hasta que por fin todo estuvo solucionado. En el Instituto me hicieron una despedida y a la mañana siguiente, cargué un bolso con las pocas cosas que tenía y me subí al auto de mi nueva familia. El chico y yo sentados atrás. Al arrancar miré el frente del Instituto y pedí a Dios que nunca tuviera que volver.

“Me conversaron durante todo el camino, me contaban de la escuela a la que iría, de los chicos que había en el barrio. Yo seguía diciendo ‘muchas gracias’. La mujer giró en el asiento, me agarró la mano y me dijo que nunca más les agradeciera. Que ellos a partir de ahora eran mis padres y a los padres no se les agradece, que todo lo que hicieran por el chico y por mí era porque nos querían. Y mientras me decía esto, la mujer lloraba.

“Llegamos a la casa y yo me sentía en un sueño. Casi como en el sueño aquel de la madre sin cara. Con el chico, como dije, me había llevado bastante bien hasta entonces, pero en cuanto estuvimos en la casa, cuando se dio cuenta de que compartiríamos la habitación, se transformó. Gritaba, lloraba, quería romper todo y entre los dos padres no podían tenerlo. Tuvieron que pasar unas horas para que se calmara. Parecía que la furia por esa primera impresión que le causara mi presencia en lo que hasta entonces era su lugar exclusivo había pasado, pero a la noche, quién sabe qué hora era cuando me despertaron los golpes. El chico estaba encima de mí tirándome trompadas con las dos manos y gritando como una bestia. Tenía una fuerza enorme. Yo me acurrucaba debajo de las sábanas y trataba de taparme con un brazo la cabeza y con el otro el estómago, aguantando los golpes. Los padres se despertaron y vinieron a rescatarme. Como pudieron se lo llevaron al dormitorio de ellos para tranquilizarlo. Me preguntaron una y cien veces si estaba bien, si me había golpeado mucho, y yo respondía que no era nada, que no me dolía. Mentía, y decía que no

era nada, que no me dolía. Eso se repitió dos noches más, en las que no podía dormirme por el miedo a que de un momento a otro el chico se me viniera encima y me pegara. Yo había aprendido a presentirlo, incluso. A poco de acostarse se dormía, pero al rato la respiración le cambiaba, y lo que era apenas un silbido suave empezaba a transformarse en un gemido, al principio débil, imperceptible para cualquiera, excepto para mí, que estaba temblando bajo las sábanas, esperando la paliza. Luego el gemido iba creciendo hasta hacerse un grito y ahí saltaba de la cama derecho a atacarme. Yo me acurrucaba y soportaba un golpe tras otro, cerrando los ojos, con los músculos tensos. El hombre y la mujer se preocupaban y yo seguía mintiendo.

“A partir de la tercera noche se llevaron al chico a la habitación de ellos. Pude dormir al menos, pero después, en el día, en la primera oportunidad en que el chico y yo estuvimos solos, me pegó de nuevo. Esta vez yo estaba en el piso de mosaicos, duro, y no tenía las sábanas ni nada para cubrirme y el chico me daba y me daba, gritando y yo no me defendía.

“No había caso, por más que hacían los padres, era todos los días lo mismo. Una mañana tuvieron que llevarme a coser la cabeza porque me dio con un paraguas. Fueron seis puntos de sutura y yo decía que no se preocuparan, que no importaba. Entonces empezaron las visitas de la asistente social del Instituto, que conversaba un rato con el hombre y la mujer, después a solas conmigo y me miraba, yo me daba cuenta de que mientras me hablaba me miraba los brazos llenos de moretones, los raspones en las rodillas.

“Llegué a cumplir tres meses en esa casa. Una mañana, el hombre me despertó más temprano que de costumbre. No había amanecido. Me dio el desayuno y me dijo que tenía que llevarme al Instituto. La mujer no salió de la habitación, aunque yo presentía que estaba despierta. También presentía al chico, durmiendo, con la boca semiabierta, con los puños apretados. Subimos al auto y no hablamos en todo el camino. Estacionó, nos bajamos, me tomó del brazo y caminamos hasta la puerta del Instituto. Ahí estaba el Director, esperándonos. El hombre me pasó la mano por la cabeza y sin decirme nada, se fue.”

El bar quedó en un silencio sólido, blanco. Dos muchachos se sentaron en la mesa de la vereda y Kimosabi salió disparado a atenderlos. Me di cuenta de que mi taza de café había quedado sobre el mostrador sin tocarse. Ahora de viejo se le ha dado por macanear, dijo Hainze sin mirarme. Afuera, Kimosabi escuchaba atento el pedido de los clientes.

EL TIEMPO DEL CABALLO

1. LA ESPERA

Pensó que no había sido una buena idea por parte del psiquiatra la de citarla, esta vez, en el Hospital. Era cierto que estaba mejor, pero en los hospitales siempre hay que esperar y a ella nunca le habían gustado las esperas, no sabía sostenerlas. Desde cuando era chica, hace casi cuarenta años, y la madre le encargaba que cuidase la leche que había puesto a hervir. Al principio ella miraba fijamente la superficie, observando los detalles con que se iba formando la delgada capa de nata, arrugada y frágil, y buscando o imaginando el fondo, el origen de una fuerza que ahí parecía gestarse calladamente. Con la sospecha quizás de poder encontrar en ese secreto algo que se pareciera a lo humano. Así permanecía, errando por espacios y tiempos demasiado lejanos hasta que la sobresaltaba el chirrido de la leche que caía sobre el fuego de la hornalla, y ya no podía ponerle freno, aunque de un manotazo rápido girara la perilla para apagarla. Demasiado tarde. Por más que ella soplara, procurando que la espuma blanca, desbordada e incontenible no enchastrara las paredes de la olla. Demasiado tarde para frenar los gritos de la madre, que en casos como éste y a lo largo de los años le recriminaría cientos de veces su actitud distraída.

Así había sido siempre. Cada vez que se detenía a prestar atención por algo, unos instantes después ya estaba mucho más allá, con una mirada que erróneamente podía pensarse atenta a lo que se enfocaba. Era como si se pusiese a contemplar un paisaje con agua desde una orilla y en cuanto se daba cuenta, ya tenía el agua hasta el cuello. Y por lo general, ese agua estaba lejos de ser un líquido suave y cristalino. Era casi siempre un fluido oscuro, denso y oloroso, parecido al de un pantano.

2. EL CIEGO

Unos metros a su izquierda, en la primera fila de asientos de la sala de espera ve a un muchacho ciego. Está sentado con el torso recto, sin apoyarlo en el respaldo del asiento, y con las dos manos ubicadas en el

extremo del bastón blanco que se yergue perpendicular al piso, entre las piernas. Una mujer sentada junto al ciego le dice a otra, señalándolo: él es mi hijo, va a ser papá. La esposa va a tener en cualquier momento, agrega. Les presenta también a los padres de la chica. Se saludan, se sonríen. La otra mujer pregunta por la edad del ciego. Tiene veinticinco, dice la madre, y la esposa quince, recién cumplidos.

Ella mira la escena, oye, y ya no está en la orilla. Había empezado a imaginar el momento en que el ciego tomaría al bebé entre sus manos, lo alzaría y enfrentaría su cara a la del hijo, bien de cerca. Buscando en vano, apuntando con los ojos inútiles. Pero ahora su pensamiento deriva hacia otro lado. Piensa en el momento de la concepción del hijo del ciego. Construye la escena. El ciego con los ojos apuntando más arriba de lo que corresponde. A puro tacto, a puro olor. Y la jovencita de caderas de catorce años, sintiendo por vez primera ese arrebató hacia el abismo, buscando con su mirada la del ciego y hallando no más que una opacidad que hace a ese abismo más desmesurado todavía.

3. LA VIEJA

En el banco, junto a ella hay una mujer vieja. Está ahí desde que ella llegó, pero la demasiada proximidad ha hecho que hasta ahora, no se atreva a mirarla. Apenas ha distinguido que lleva un pañuelo en la cabeza. Quiere, desea observarla. Últimamente se ha interesado en contemplar la mirada de los demás y buscar ahí registros, marcas. Las marcas del dolor, como las que cada día cree encontrar en ella cuando contempla su imagen, la de una mujer todavía joven, frente al espejo.

Ahora se anima, ha resuelto girar la cabeza para observar el rostro de la compañera de banco. Lo hace y se sobresalta al ver los ojos de la vieja clavados en los suyos pero separados por unos anteojos de cristales muy gruesos. Baja la vista, intimidada, pero la vieja empieza a hablarle. Entonces sí se atreve a mirarla aunque los vidrios le impiden ver el detalle. Tengo a mi marido internado, ha comenzado a decir la mujer. Estoy esperando a que le den el alta. El médico me ha dicho que pronto lo van a dejar ir a casa. Ojalá sea hoy. Sí, sí, comenta ella, ojalá sea hoy.

4. LOS HIJOS

En el mismo momento en que una empleada avisa casi a los gritos que el psiquiatra se encuentra demorado más de una hora, en la sala del lado izquierdo se genera un alboroto. Una enfermera ha venido a comunicar al ciego que nació su hijo. Un varón. El ciego se pone de pie, siempre apuntando hacia el frente, hacia nada. La madre y un hombre que debe ser el padre también se levantan del asiento. Lo abrazan, lo felicitan. Se acerca la mujer que había hablado con la madre, los suegros y también una pareja de ancianos, posiblemente los abuelos del ciego. Todos lloran. Buena parte del resto de los pacientes que ocupan las sillas de las otras filas se levantan y van a saludarlos, al ciego, a los padres, a los abuelos. Una de las secretarías deja el escritorio y va a sumarse a las felicitaciones. También la secretaria llora. Un bullicio ha llenado la sala. Ella y la vieja compañera de banco no se mueven. La vieja ni siquiera mira. Ella sí.

Los abrazos la llevan a la otra escena, la otra imagen. Ella espera con los brazos cruzados, con cada mano apretando los bordes de la campera de lana. Sin llorar, en el galpón helado. Esperan al fiscal. Y mientras tanto, las idas y venidas de policías, médicos, enfermeros y testigos que abren y cierran continuamente el portón, han generado corrientes de aire que hacen mover el cuerpo del chico. Un giro lento, apenas perceptible, pero suficiente para dar una vuelta completa en el eje de la soga, como una intención de mostrar la muerte desde todos los ángulos. Mostrarla a pleno. El extremo de los pies no está lejos del piso. Ha dejado demasiado larga la soga. Alguno de los que miran podría pensar que en el último instante el chico quizás haya estirado los dedos, buscando el suelo.

Ella no llora. Llega el fiscal y después de las preguntas, las actas y las fotos, se disponen a descolgar el cuerpo. El fiscal hace señas a dos ayudantes jóvenes. Uno de ellos llama la atención por ser albino. Se acercan al cuerpo. Mientras el otro, ubicado a espaldas del chico se dispone a aflojar el nudo (para lo cual no necesita treparse a nada, le alcanza con sólo extender los brazos), el albino abraza al cuerpo para elevarlo y aflojar la tensión de la soga. Ella, sin llorar, mira. Su conciencia vaga por un recinto oscuro, tanteando puertas en busca de una salida. Se asoma, espía

para ver qué hay detrás de cada puerta. La mayoría de ellas le muestran paisajes que se parecen a un desgarro irreparable, a un desguace o una devastación. Pero de repente encuentra una diferente y la elige. Una en la que la imagen del hijo ahorcado y el albino se presenta como el más hermoso cuadro. El abrazo más conmovedor y bello que alguien pudiera imaginarse. El chico volcándose sobre el cuerpo del albino en una entrega absoluta. Los ojos cerrados, la cabeza cayendo contra el pelo blanco, como encontrando ahí un consuelo tardío. Y los brazos del albino rodeándolo, albergándole la muerte. Una manifestación única, irreplicable. Inimitable incluso cuando después los hermanos, los amigos y ella misma se inclinan a abrazar y besar al chico ya tendido en la camilla.

Y en esa imagen ella se queda cierto tiempo. Un tiempo indefinible, insensato. Un tiempo percibido quizás de una forma similar a como lo debe experimentar un animal. Un caballo, por ejemplo. Después, la asistencia de las psicólogas, el psiquiatra y unas pastillas, la rescatarían. Recién entonces lloró.

5. EL CABALLO.

La vieja a su lado se ha dormido. Ella la mira y siente pena. Han pasado más de dos horas y a la vieja nadie ha venido a decirle nada. Se le ocurre que si pasara alguna enfermera le pediría si por favor podría hacer que alguien le dé una información. Reflexiona sobre este pensamiento y siente que es un signo de que está mejor. Ha tenido ganas de ayudar a la señora y eso es sin duda un buen signo. Seguramente, si se enteraran algunos de los que la rodean habitualmente, se alegrarían. Le dirían: es una señal de que estás mejor. O quien sabe cómo lo interpretarían ellos. Al fin y al cabo, son los mismos que suelen decirle: te noto bien, diferente a como se te veía un tiempo atrás, cuando estabas como en otro mundo. Qué errónea le parecía a ella esa frase. ¿En otro mundo? Si nadie estaba más en el mundo que ella. Si el mundo se le había metido hasta el último rincón del cuerpo, si la había invadido salvajemente, impunemente y la ahogaba hasta casi no dejarla respirar.

Pasa una enfermera. Ella la detiene con una seña y le explica la

situación de la vieja. No le haga caso, dice la enfermera, una joven de pelo negro y largo. A ella le parece que habla demasiado alto y podría despertar a la vieja. El marido de esta señora murió hace algunos meses, continúa la chica. Pero ella viene todos los días y se sienta ahí, diciendo que espera que venga un médico a decirle que le dará el alta. No le haga caso, termina la enfermera y a ella le parece que lo dice más alto todavía, casi en un grito.

Ella se queda mirando a la vieja, que en ese momento se despierta. Mira el reloj, la vieja. Las doce menos cuarto, dice. Me tengo que ir a hacer la comida. No tuve suerte hoy, pero hay que tener paciencia. Ojalá que mañana pueda venir el médico y me diga algo. Sí, sí, ojalá, responde ella, y siente ganas de extender el brazo para tocar y apretar por un instante las manos arrugadas de la vieja, a modo de cobijo, de pretensión de amparo. Pero es tarde. La vieja ya camina despacio hacia la salida, dándole la espalda y perdiéndose de vista al bajar las escaleras del Hospital.

Señora Cortés, escucha simultáneamente al roce de unos dedos en su hombro. Es la voz del psiquiatra que ya ha dicho otras dos veces señora Cortés. Que se ha ido acercando desde la puerta del consultorio al ver que no tenía respuesta. Que ha levantado la voz un poco más en cada llamado sucesivo y que recién en éste, en el tercero ha logrado que ella lo mire. Ella, para quien por entonces el tiempo transcurre de un modo parecido a como lo debe percibir un caballo viejo.

DE OLVIDO, SIEMPRE GRIS

Hoy cumplo siete años en mi empleo y hace ya seis meses que Matusik no está, porque después de treinta y un años en la empresa, se adhirió a un programa de retiros voluntarios.

Desde el día en que ingresé a esta fábrica, la caldera había ejercido sobre mí una especie de seducción. Recién había terminado el secundario y era mi primer trabajo. Todas las mañanas, luego de la rutina de fichar y cambiarme, cuando caminaba desde el vestuario hasta mi sector, me desviaba unos pasos para asomarme como en un ritual, a la sala de calderas. Había dos, una más chica, ciega, que no me interesaba y una mayor, imponente, con un visor a la altura de los ojos que dejaba ver el fuego en su interior. Yo me asomaba entonces por esa mirilla y me quedaba casi un minuto hipnotizado, admirado y a la vez con cierto temor por esas llamas que llenaban inquietas la mole de hierro caliente. Amenazantes.

Esa fascinación por la caldera fue la que terminó acercándome a Matusik. Porque a los dos meses me comunicaron que se abría una vacante de calderista, que si me interesaba, yo podría ocupar. Tendría que aceptar los horarios rotativos y el carácter de guardia, es decir, que debería trabajar feriados, año nuevo, Navidad o lo que fuera. Acepté enseguida. Estuve dos semanas con Víctor, que era el tipo que se jubilaba y generaba la vacante, para que me explique todo lo que tenía que hacer. Víctor me explicaba con un tono que después, cuando vi más casos como el de él, supe reconocer en aquellos a los que les quedaba poco tiempo para jubilarse. Un tono que es una mezcla de alivio y desencanto, como el de quien sale de un negocio habiéndose comprado algo que siempre deseó, pero que se da cuenta de que ha pagado un precio demasiado alto. Casi una estafa. También en esos días fui conociendo a los calderistas de los otros turnos, entre ellos a Matusik, un hombre mayor. Víctor me había dado características de todos los que serían mis compañeros de sector. Me advirtió de quién tenía que cuidarme de las botoneadas, de quién dejaba la sala sucia y otras cuestiones, pero en ninguna había incluido a Matusik.

De él sólo me dijo que le habían puesto el apodo por un delantero de Boca de los años ochenta.

Así fue que desde entonces, casi todos los días de mi vida (excepto mis francos y los suyos) me crucé con Matusik. Pero lo que fui sabiendo de él, fue sobre todo por las historias que contaban los demás compañeros, porque él me hablaba muy poco en esos cambios de turno. Yo sabía bien que de todo lo que se decía sólo una parte podía ser cierta. Que mucho se inventaba, y se exageraba.

Todos en la fábrica hablaban de que a Matusik le gustaba demasiado el vino y se hacían chistes con eso. Se decía que no eran pocas las veces que venía borracho y que cuando le tocaba el turno noche iba a pedir una botella de alcohol al laboratorio, con la excusa de que era para limpiar un equipo pero que en verdad la usaba para diluir y prepararse un jugo Tang en una botella plástica. Jamás convidaba de esa botella, decían.

A partir de esos cuentos yo empecé a mirar con mayor atención a Matusik. En cada breve charla con él, me detenía a analizar su laconismo, la forma de su boca que era siempre como de una media sonrisa, una mueca que se alargaba sólo hacia uno de los lados de la cara y un tono de voz calmo. Los ojos claros y difíciles de definir hacia dónde estaban mirando. Un rostro sin un signo contundente de derrota pero que reflejaba cierta decadencia íntima, como la carpa descolorida de un circo pobre.

En cada cambio de turno yo lo interrogaba por la situación del sector, sobre alguna anormalidad que hubiera ocurrido o por los trabajos pendientes y Matusik, día tras día, solamente se limitaba a decir: está todo tranquilo. Siempre estaba todo tranquilo para él. Y después de eso me hacía algún comentario sobre el clima, que a medida que nos íbamos tomando confianza se hacían más extensos. Me hablaba de las fases de la luna, por ejemplo. Era la única persona que yo conocía que estaba pendiente de cuándo se producían los cambios de luna nueva a llena, creciente o menguante. Mezclaba en esas apreciaciones estudios científicos con dichos de pueblo. Aprendí a detectar también, en las veces en que le tocaba el turno noche, cuándo estaba distinto. Yo llegaba a tomar mi turno, antes de que amanezca y él me hablaba como si estuviera escondido

detrás de algo en sí mismo, después me saludaba, se iba rumbo al vestuario y yo me quedaba mirándolo, cómo caminaba por la calle interna semioscura, llevado como un papel que empuja el viento, por momentos demasiado rápido, por otros bruscamente detenido hasta que de nuevo emprendía el andar, sin darse vuelta. Después me sentaba en la cabina de la sala de calderas y pensaba en ese hombre sentado en esa misma silla unas horas antes, con la mirada fija en nada, recorriendo repetidas veces un camino en el que se extraviaba. Un camino con el mismo punto de llegada y de partida. Matusik en la noche, con sus más de treinta años en la fábrica, cerca de una botella con un líquido naranja y muerto de sed.

Cuando llegó fin de año la empresa decidió una renovación completa del sistema de generación de vapor. Eso requería más trabajo y por eso a los calderistas nos hacían ir de a dos en los turnos de mañana y tarde con un relevo a la noche. A mí me tocó como compañero a Matusik. El primero de enero nos tocó entrar a las cinco de la mañana. Cuando el colectivo frenó en la esquina en que él lo tomaba, lo vimos acercarse casi tambaleándose. Se agarró de los pasamanos buscando estabilidad y después de dos intentos en vano pudo embocar el pie derecho en el estribo. Subió y caminó por el pasillo en medio de las risas, de las burlas, del grito “feliz año nuevo compañero” por parte del chofer. Cargaba su media sonrisa, su rostro de derrumbe, y se sentó.

Durante esos dos meses fue cuando pude conversar un poco más con él. Me contó que se había casado grande, que tenía tres hijos varones, de entre ocho y once años, lo cual me pareció extraño porque para mí era casi un viejo, y que su verdadero apellido era Acevedo. Me enseñó cómo reconocer el viento que trae la lluvia. Me explicó que cuando se está junto a un río y el agua empieza a venir más sucia o arrastrando palitos, hay que irse porque significa que se viene una creciente y que si se duda o no se hace caso, a los pocos minutos es demasiado tarde, no hay salvación. Supe también que había entrado a la fábrica después de casarse y cuando le pregunté qué trabajo había hecho antes de esto, me respondió que le gustaba pescar. Lo dijo como si esas palabras estuvieran hechas de un material frágil, quebradizo.

Cuando nos íbamos en el colectivo solía observarlo. Matusik prefería siempre sentarse solo. Se acomodaba en el asiento e inclinaba la cabeza sobre la ventanilla, mirando el vidrio, pero no más allá. Se detenía en la transparencia del cristal y algunas veces su media sonrisa se convertía en una mueca como de satisfacción que no borraba hasta que se bajaba en su esquina. Yo creía reconocer que en ese tramo Matusik recordaba un momento grato, algún evento de su vida, tan íntimo como insignificante y por eso imposible de compartir. Del mismo modo que un chico guarda como un tesoro en una caja con candado, una piedrita, o el envoltorio de un chocolatín que alguna vez comió.

Pasaron los años y para mí, Matusik estaba siempre igual. Todo tranquilo me seguía diciendo en cada cambio de turno. Pero en la fábrica los cuentos sobre él iban creciendo. Se llegó a correr la voz sobre que se pasaba las ocho horas en la cabina, mirando pornografía en el teléfono.

En noviembre del 2013 una lluvia de ciento noventa milímetros en menos de dieciocho horas inundó varias calles de la ciudad. Al otro día Matusik apareció en la tapa del diario La Región. Al finalizar el temporal, el cronista había salido a recorrer los barrios con su máquina y en una esquina encontró lo que le pareció la foto del día. Foto que alguien de la fábrica recortó y pegó en la cartelera de anuncios del comedor. Se veían tres chicos parados en el borde de la vereda, cada uno de ellos sosteniendo lo que simulaba ser una caña de pescar, pero que eran en realidad un palo de escoba en algún caso o una rama de paraíso en otro a los que se había atado un hilo en el extremo y la otra punta de ese hilo estaba sumergida en el agua que llegaba hasta el cordón. Detrás de ellos, con los brazos en jarra, estaba Matusik, con un gesto inhabitual, altivo, de satisfacción. Con un puñado de felicidad, podría decirse. El título de la nota solamente decía: Un temporal furioso causó inundaciones en nuestra ciudad.

Hoy cumpla siete años en la fábrica. Siento que la historia de Matusik se ha enclavado en mí como un buque hundido. A veces pienso en

ir a visitarlo, imaginando que pasa los días yendo a pescar en bicicleta o preparando líneas y probando reeles. Pero tengo miedo de no encontrar nada de eso. Su foto sigue pegada en el cartel de anuncios y a mí la caldera y el fuego ya no me generan ninguna sensación. He terminado mi turno, subo al colectivo y me acomodo en el asiento. Si me atreviera a mirar el reflejo en el vidrio quizás encontraría en mi rostro una mueca de alarma. Pero de una alarma que se sabe a tiempo. Como quien junto a un río ha advertido la inminencia de una creciente. Viendo pasar los primeros palitos que arrastra. El agua sucia y revuelta que anuncia a la correntada definitiva.

ÍNTIMO

OTÓRGAME ESOS DÍAS, TÚ DE QUIEN SON LOS SIGLOS Y EL TIEMPO.
J. L. BORGES – “EL MILAGRO SECRETO”

El Falcon viejo avanza haciendo equilibrio en los huellones del camino de tierra. La oscuridad de la noche apenas deja ver que la chapa todavía conserva algo del color bordó original. Maneja el Rubio. En el otro asiento de adelante el Sergio sostiene del cogote una botella de cerveza. Le da un trago y se la pasa al Rubio, que toma y se la devuelve. Atrás está Carlitos, mirándolos sin hablar. Callado como siempre. Carlitos y el Rubio se conocen desde que nacieron. Viven en casas vecinas en el campo de los Armeguía. En esa zona, en esos campos, el empleado es toda la familia. La del Rubio son los cuidadores, la de Carlitos eran los tamberos. El padre de Carlitos murió cuando él era muy chico, una tarde en que se le dio vuelta el tractor. Los Armeguía le permitieron a Carlitos y a la madre quedarse, colaborando en lo que pudiesen. Así que Carlitos y el Rubio, de la misma edad, crecieron juntos en ese campo, compartiendo todo, como si fueran hermanos. Pero en los últimos tiempos las cosas habían cambiado. Desde que entraron en la adolescencia al Rubio le empezó a gustar cada vez más ir a la ciudad. Va a los bailes del club Gimnasia todos los domingos en el Falcon viejo del padre. Y Carlitos va con él. Porque siempre fueron juntos a todos lados. Pero el Rubio baila, conversa con las chicas y se toma unas cervezas. Carlitos, en cambio, se queda a un costado, solo, incómodo. Se avergüenza ante el menor contacto con una chica. Hasta siente pudor cuando lo ve al Rubio, tocando o besando a alguna. Un viernes el Rubio lo llevó a un prostíbulo. En cuanto una de las mujeres se le acercó y se quiso sentar en su falda, se puso de pie y le dijo al Rubio que no se sentía bien. Lo dijo nervioso, avergonzado, tartamudeando, alargando la ene: nnnnnno me siento bien, dijo, y tuvieron que irse.

Ahí en los bailes había aparecido el Sergio. El Rubio y el Sergio se conocieron una noche en la que se armó una pelea afuera y quién sabe de

qué modo, los dos quedaron del mismo bando, ayudándose. Y el Sergio era mejor compañía que Carlitos para el Rubio. Porque a él también le gustaba la noche y levantar minas, cómo solían decir.

Ahora los tres viajan en el Falcon, por el camino de tierra. En varios tramos la montaña de barro seco que hay entre las dos huellas, toca el piso del auto. Tengo algo de guita, vamos a buscar a las Ochoa, dice el Sergio. El Rubio pregunta si estarán y el Sergio responde que están siempre. Carlitos conoce a las Ochoa. Son dos hermanas que viven cerca de la entrada de Chivilcoy. Dieciséis y diecisiete años. Las conoce de verlas en el baile con el Sergio y el Rubio y también con otros chicos. Va a decir algo Carlitos. Ya se ha puesto incómodo. Yo..., empieza a decir y luego intenta continuar con la próxima palabra pero se estanca en la primera letra, como tironeando de ella, como si intentara arrancarla de algún lado. Parece ser la ene. El Rubio sabe que es la ene y también sabe cómo va a seguir esa frase, que Carlitos por fin logra pronunciar, desenterrando esa primera letra: nnnnno me siento bien, dice Carlitos. Siempre lo mismo éste, se queja el Sergio, levantando la voz y sacudiéndose en el asiento. El Rubio dice que después que junten a las chicas lo lleva de nuevo al campo. El Sergio sigue indignado y quejándose. Vos vas a terminar trolo, le dice a Carlitos, dándose vuelta hacia el asiento de atrás y amenazándolo con el dedo. Hay que ponerla hermano, ¿o te querés morir virgo? El Rubio se ríe.

Llegan a la casa de las Ochoa. El frente está lleno de artefactos de hierro viejos, que ocupan buena parte de la vereda. Hay cocinas sin hornallas, calefones oxidados, caños, la puerta de un auto. Se baja el Sergio, con la botella de cerveza en la mano y vuelve enseguida. Ya vienen dice, y se sube al asiento de atrás. En menos de cinco minutos salen las chicas. Carlitos las conoce pero no distingue cuál es la mayor. Una lleva un aro en la nariz, una argollita plateada que le perfora el lóbulo derecho. La otra tiene uno redondo y dorado en la ceja izquierda. Morochas, el pelo lacio con un flequillo hasta los ojos, un cuerpo atractivo. La del aro en la nariz sube adelante con el Rubio. La otra se mete atrás. ¿Cómo andan las “anchoas”? pregunta el Rubio. No nos digas “anchoas” boludo, se queja la de atrás que besa en la boca al Sergio y le arranca la botella de cerveza. Da

un trago y se la pasa a la hermana, al asiento de adelante. Ellas también conocen a Carlitos. Lo ven en los bailes. Pero ni siquiera lo saludan. ¿A éste para qué lo traen?, pregunta la del aro en la ceja. Carlitos sigue callado. Espera que lo dejen de vuelta en el campo cuanto antes. Ya lo llevamos de vuelta al campo y volvemos, dice el Rubio. El Sergio abrazado a la chica interviene otra vez con indignación: mirá la vuelta que tenemos que dar, veintipico de kilómetros al pedo por este pelotudo. Carlitos mira por la ventanilla hacia afuera. Le parece que tal vez debiera aclarar de nuevo que no se siente bien. Para que lo sepan las chicas que no lo escucharon. Pero teme trabarse de nuevo, en la ene o en otra letra y que se ríen, se burlean, como otras veces. Entonces prefiere no decir nada.

El Falcon retoma el camino de vuelta al campo. El Rubio acelera casi a fondo y la botella de cerveza sigue pasando de mano en mano. No va a alcanzar dice una de las chicas. El Sergio y la chica Ochoa se están besando. Hoy me como una anchoíta dice el Sergio. Adelante la otra hermana lo toca al rubio. El rubio entrecierra los ojos y larga como un gemido. Ahora la chica del asiento de atrás se ha sentado sobre la falda del Sergio. Éste comienza a subirle la pollera, una pollera de jean corta y le pasa la mano por los muslos. ¿No tenés nada abajo?, pregunta el Sergio. Pará, interrumpe la chica con un grito, no me banco que esté este tipo acá, dice señalando a Carlitos. Rubio, hacé algo, ordena el Sergio, desenchajado. El Rubio frena, en medio de la calle de tierra. Se baja y abre la puerta de atrás del lado de Carlitos. Vení al baúl le dice.

El Falcon de nuevo avanza en la noche, a toda velocidad. Ahora con el baúl abierto y con Carlitos sentado ahí, con las piernas colgando, levantando un poco los pies para no tocar ese cúmulo de barro seco que hay entre los dos huellones. Con el brazo izquierdo sostiene la tapa para que no le pegue en la cabeza cuando el auto se sacude en cada pozo. Las luces de atrás del Falcon, rojizas y débiles, no le dejan ver demasiado. Apenas dos retazos de huella que se mueven hacia atrás, escapándole, huyendo, demasiado rápido.

Carlitos también desearía estar con una mujer. Muchas noches ha soñado con chicas que conocía o que veía en el Gimnasio, pero llegado

el domingo, el momento de tenerlas tan siquiera cerca, reales, se derrumbaban los pensamientos que había tenido imaginando el encuentro, una palabra, un beso, un roce con la piel de alguna de ellas. Porque no puede vencer eso que lo paraliza, lo anula y que le ha hecho sufrir cada ida al baile, o aquella visita al prostíbulo. Y que lo hace llorar sintiéndose humillado cada noche después de una salida. Piensa en si pudiera tener, al menos una sola vez, una mujer fugaz, efímera, que existiera solamente para ese encuentro... Un encuentro que no requiriese palabras, ni declaraciones ni promesas y del que no hubiera recuerdo más que para él. Sin antes ni después para nadie. El encuentro perfectamente íntimo del que nadie sabría si tartamudeó o si tembló de miedo ante la mujer desnuda.

Carlitos presume que falta poco para llegar al campo. Seguramente lo van a dejar en la tranquera y tendrá que caminar los más de setecientos metros que hay hasta su casa. El auto va demasiado rápido y el Rubio no se ha percatado que ya están prácticamente en el campo de los Armeguí. ¿No es acá?, grita el Sergio. El Rubio da un volantazo brusco, el auto se sacude violentamente hacia un lado, luego hacia el otro, y a la misma velocidad que venía se hunde en la cuneta. Lo frena el choque con la alcantarilla de cemento que construyó el Municipio después de las inundaciones. El Falcon queda destrozado, las luces apagadas. A Carlitos, el primer cimbronazo lo ha expulsado del baúl. Cayó en la calle y desde ahí vio todo lo que siguió. Se da cuenta de que le duele mucho la muñeca derecha. Siente un ardor insoportable. No puede enderezar la mano. Con la izquierda se la sostiene y se pone de pie para acercarse al auto, en penumbras. El asiento de atrás está vacío. Adelante, la cabeza destrozada del Rubio está inclinada sobre el volante. La chica que estaba junto a él, tiene medio cuerpo arriba del capot y las piernas en el asiento. Ha atravesado el parabrisas con la cabeza. Ninguno de los dos se mueve. Carlitos mira alrededor del auto, busca a los otros en la oscuridad. Oye un murmullo, como un llanto débil. Se tropieza con un cuerpo. Es del Sergio, lo reconoce por la ropa porque tiene la cara partida en dos por

el golpe de algún hierro. Carlitos da la vuelta en torno del auto. Oye el llanto más cerca, es la otra chica Ochoa. Se le acerca. La chica está tirada boca arriba y no se mueve. Tiene la pollera levantada. Carlitos, se agacha, la mira. Nota la remera llena de sangre. La chica se ahoga, tose. Cerca de la oreja la sangre brota, haciendo un charco entre los pastos. La chica se queja. Carlitos se desabrocha el pantalón. Se acuesta sobre ella. Escucha apenas un susurro que le pregunta ¿Qué hacés? Siente el olor a cerveza de la boca, los labios, casi pegados a los suyos, que se mueven trabajosamente, con esfuerzo pidiendo por favor. Carlitos no se detiene. No sabe si es la mayor o la menor de las Ochoa, nunca supo distinguir las bien. Sabe que tiene tiempo. Deben ser alrededor de las tres y hasta las cinco no llega el camión lechero. Va a tener tiempo para lo que tenga que hacer después, y para caminar hasta la casa del Rubio, que es la que está más cerca. Sosteniéndose la muñeca con la otra mano, aguantando el dolor. Llegar a la casa del Rubio, golpear, con la remera manchada de sangre y cuando salga el padre contarle, casi sin tartamudear, de un solo tirón, una palabra tras otra, que han tenido un accidente, que él se ha salvado de milagro y que los otros cuatro están muertos.

EL FRACASO DE DIOS

Después de casi treinta años en Buenos Aires, separado y con dos hijos que prefirieron vivir con la madre, decidí dejar mi carrera de investigador y abandonar esa capital que se me había vuelto demasiado vertiginosa. Quise volver a la ciudad donde nací y crecí, buscando la tranquilidad del interior de provincia, su tiempo de sobra, sus distancias cortas. Lo hice aun sabiendo que quizás eso sólo era un espejismo, una falsa imagen o, mejor dicho, la imagen que mi niñez y adolescencia tenían de ese lugar y que ahora desde una mirada adulta, era probable que todo fuera bastante distinto. Pensé dedicarme unos años a la docencia antes de jubilarme y por mis antecedentes no me fue difícil conseguir una cátedra en el profesorado de Ciencias Naturales. Encontré ahí como directivos o docentes a varios de los que habían sido mis compañeros o profesores de secundaria, por lo que a pesar de los años de ausencia, no me sentía en un lugar ajeno.

El primer día de clases, en la sala de profesores pregunté por Magariño. No está nada bien me dijo Piovano, un muchacho que había sido de mi barrio y ahora era profesor de Matemáticas. Delira, siguió diciendo Piovano mientras pasaba las hojas de una carpeta. Se ha puesto bastante místico y a quien encuentra le habla de un proyecto para aniquilar el mundo. Nada menos, digo yo. Una preceptora muy joven, con ojos redondos y chicos que parecían los ojos de un pájaro agregó un comentario: es una pena que haya terminado como terminó; de no haber pasado lo del último año era un hombre que se merecía un homenaje.

Magariño había sido mi profesor de Química en el secundario y fue quien influyó para que yo estudiara esa carrera. Lo del episodio con una alumna en su último año de docencia ya lo sabía, me lo había contado algún pariente en mis visitas fugaces de los años anteriores.

Tenía ganas de hablar con él, había sido alguien importante para mí. Recordaba claramente por caso, sus clases sobre cinética química. La pasión que ponía en las explicaciones, cada ejemplo, cada analogía

de las que usaba. Yo volvía a mi casa y durante el almuerzo pensaba en esas descripciones, deslumbrado, como contagiado de algo. Muchos años después, mi tesis de graduación se basó justamente en la cinética de una reacción de gases inertes. Yo lo había admirado, así que sin importarme lo que me hubieran dicho de él, quise verlo.

Vivía en su casa de siempre. Magariño se había casado joven y joven había enviudado. A los cinco años de matrimonio la mujer murió. Cuando fue mi profesor en tercer año, ya estaba solo. Y nunca volvió a formar otra pareja.

Un sábado a la tarde me decidí a visitarlo. Las dos ventanas que daban a la calle tenían las persianas bajas. Toqué el timbre y enseguida vino a abrir. Físicamente no había cambiado demasiado, seguía siendo un hombre robusto, sin ser gordo, bien afeitado y peinado, con su eterno bigote ahora encanecido. No me reconoció, así que me presenté. Cuando le di mi nombre, lo repitió en voz alta y me tendió la mano. Entonces dijo recordarme perfectamente y me hizo pasar. Nos sentamos en dos sillones que había en el living. La oscuridad hacia el lado de la calle dada por esas dos persianas cerradas contrastaba con la claridad que venía del patio a través de una puerta balcón cuyas cortinas estaban abiertas de par en par. De entrada la conversación ya me resultaba algo rara porque yo lo tuteaba, cosa que no hacía cuando era mi profesor, y él en cambio, me seguía diciendo usted.

Tal vez por no haber creído las palabras de Piovano, yo esperaba otro recibimiento. Algo en él que mostrara una alegría o cierto orgullo de que un ex alumno lo visitara después de muchos años. Pero no había nada de eso en sus palabras ni en sus ojos. Era una expresión que me resultaba extraña. Sentía que hablaba como si no importara quien fuera su interlocutor. Lo mismo podría haber sido cualquiera. Como si lo que dijera fuese un discurso neutro, despersonalizado.

Le conté sobre mis estudios y mi carrera en el CONICET y remar-

qué que su influencia había sido decisiva para todo eso, que de alguna manera le iba a estar agradecido para siempre. Él me escuchaba atento pero seguía con esa expresión que yo no podía descifrar.

A partir de ese momento empezó a contarme sobre su proyecto. Lo dejé hablar. No quería destruir el mundo como había dicho Piovano, lo que quería era borrar del planeta a la humanidad, a la raza humana. El gran fracaso de Dios, me dijo. Cuando uno se pone a pensar en el ser humano, siguió, no puede menos que emocionarse. Piense que todo se genera a partir de dos células que interactúan, se desarrollan, generan un cuerpo, una mente e, increíblemente, un ser capaz de tener sentimientos, un ser con pasiones, con inteligencia para resolver. Eso se va gestando dentro de otro ser, en el interior de otro cuerpo (hecho también muy asombroso) hasta que un día sale al mundo y siente, se apasiona, imagina, ama. No me diga que no es algo milagroso, extraordinario. Difícilmente pueda concebirse una obra mayor: la generación de un ser humano. Me dirá usted, pasa algo parecido con los animales. Sí, es casi igual, le digo yo. Es extraordinario. Ahora bien, ¿qué ha hecho el hombre con ese milagro? Un mundo asqueroso, repugnante, una convivencia horrible. Y lo peor es que ya no se puede arreglar. No hay otra opción: debe comenzarse todo otra vez. Una nueva sociedad que empiece de cero.

Parecía notarse en el relato de Magariño algo de la pasión con la que enseñaba en sus tiempos de profesor, pero más bien, a mí me sonaba como apenas una imitación de aquello, un entusiasmo simulado, falto de carnadura.

Dios lo sabe, siguió. Cómo no lo va a saber. Él sabe mejor que nadie que esta humanidad a la que pertenecemos usted y yo es un fracaso. Dios no ha muerto como sentenció Nietzsche, ha fracasado. Y está sufriendo. Su problema es que nos tiene lástima. No se atreve, como suele decirse, a hacer borrón y cuenta nueva. Le damos pena. Por eso la solución se la voy a dar yo. Voy a hacer lo que Dios desea pero no puede hacer: eliminar de este mundo al hombre. Él se encargará después de que todo empiece de nuevo.

Lo interrumpí, le dije que el Dios del Antiguo Testamento no pare-

cía tener tanta misericordia, tanta piedad para actuar en contra de los hombres. No se confunda, me dijo. Usted lo aclaró bien, el Dios del Antiguo Testamento, hace muchísimo tiempo. Hoy Dios es otro. Así como hemos cambiado usted y yo, Él ha cambiado. Imagínese la transformación que puede haber en miles de años. No se puede ser el mismo. Y antes de que me haga otra observación le aclaro: Él no dirige nada. Creó al hombre y lo largó, confiando en su creación. Eso de la omnisciencia de Dios sólo es verdad para el pasado. Del futuro no sabe nada. ¿Quién se puede creer eso de que Dios sabe lo que usted va a hacer cuando se vaya de acá? Él creó y confió en sus virtudes de creador. Le salió mal, le falló y ahora está arrepentido pero no se atreve a empezar de nuevo.

¿Y qué cosas le dan lástima? pregunté. Todo, responde Magariño. Le dan lástima hasta los malos, hasta los tipos más jodidos, porque siente que es culpa suya. Al fin y al cabo son su obra. Además lamentaría perderse algunos actos que lo conmueven. Porque así como ve lo horrible de lo general también observa pequeños hechos, gestos, actitudes maravillosas de las que son capaces los seres humanos, que lo emocionan. Que ni siquiera él se esperaba y sin embargo ocurren. Le doy un solo ejemplo, si le interesa. Cuando yo era chico, en el barrio teníamos un equipo de fútbol. Una tarde que jugábamos contra los de la vía, Caco, el mejor jugador que teníamos, vino sin zapatillas. Se le habían roto y los padres no le podían comprar otras. Empezó el partido y Caco descalzo, no era el jugador de siempre. Como a todos los partidos, nos había venido a ver Niki, un chico que vivía frente a mi casa y que por la polio andaba con muletas. Niki estaba viendo el partido como dije y cuando vio que Caco descalzo no agarraba una pelota, lo llamó y le dio sus zapatillas. Blancas, impecables, como es de imaginar, y aunque no eran exactamente del número que usaba Caco, le quedaron bastante bien. Caco fue el mejor del partido y metió tres de los cuatro goles con los que ganamos. Al final Caco le devolvió las zapatillas a Niki y éste se las puso en sus pies pálidos y flacos. Estaban llenas de tierra, rasgadas en un costado y con la marca de algún tapón hundido cerca de la punta. Caco lo abrazó y Niki no dejaba de mirarse las zapatillas. Tenía en la cara una expresión de felicidad que jamás

había mostrado, como si él mismo hubiera sido el que había metido los goles. Esas cosas, créame, Dios las mira con lágrimas en los ojos.

Me observa. Creo que ha buscado conmovirme con una historia falsa, inventada.

Cuando venga con más tiempo, continuó (aunque en ningún momento yo había dicho que estaba apurado) le voy a mostrar las dos hipótesis con las que estoy trabajando para el exterminio. No son difíciles de entender, menos para usted que es científico. Siempre y cuando me dejen seguir trabajando. En las farmacias ya no me quieren vender algunos reactivos que necesito para las pruebas, quizás crean que quiero suicidarme. Y también me falta material de laboratorio. Pero todo es conseguible.

Se me ocurrió preguntarle si no tenía miedo de que lo descubrieran, o que alguien lo denunciara por ese plan. Al contrario, dijo. Por dos motivos me alegraría; uno es que se haría público y eso permitiría que mucha gente se enterara. De entre todos esos que se enteren algunos coincidirán conmigo y la idea se propagará por el mundo. Hoy estoy solo en esto y solo cuesta mucho más. El segundo motivo es que si me ven peligroso me mandarán a la cárcel o al manicomio. Cualquiera de esas opciones es mejor que un geriátrico.

Hizo silencio. Había terminado de contarme su proyecto y creí que no tenía nada más para decir. Se quedó mirando el piso, como cansado. Pensé entonces que ya podía irme, que seguramente me pasaría unos días pensando en él y hasta quizás volviera a visitarlo regularmente. Estaba en esas consideraciones cuando volvió a hablar: se enteró de lo que me pasó con la chica, ¿no? El tono con que lo dijo era otro, era diferente del que había usado antes. Esa neutralidad, esa desafección que me resultaba tan extraña en todo el relato anterior había desaparecido. Al punto que podía pensarse que un tercero, recién llegado a ese living, había empezado a hablar. Era mi último año como docente, ¿sabe? A fin de año me jubilaba y eso me había hecho repensar muchas cosas. Creí que iba a poder volver a soñar. La palabra que resume el estado en el que viví esos meses sería ilusión. Tuve de alumna a la hija de Kremm, de Aldo Kremm,

un amigo de toda la vida, quizás usted lo conozca. Ese tiempo vi la vida de un modo diferente, del modo más hermoso que se la puede ver, creo. Entonces, a raíz de ciertos gestos, ciertas palabras de la chica yo sentí el entusiasmo del amor. Uno de esos milagros del hombre sobre los que le hablé. Pero la piba tenía veintiún años y yo sesenta. Como la conocía desde chiquita nuestra relación no era la habitual entre docente y alumno, era de más confianza, por decirlo de alguna manera. Y yo empecé a mirarla de manera distinta, ni como alumna ni como la hija de Kremm, la veía como una mujer. Faltaban sólo dos meses para el fin de curso y para mi jubilación. Tal vez si hubiera esperado un poco no se habría armado tanto lío. Pero llevaba mucho tiempo soñando, o me parecía que era mucho tiempo. No podía más. Demasiados días de ilusión, que si se extendían, podían desembocar en un abismo. La ilusión, ahí tiene usted una de las fallas del Creador: inocular la ilusión en el hombre como una peste incurable. Entonces cuando me pareció el momento adecuado le envié un regalo con una carta. A la mañana siguiente, sonó el timbre en mi casa y al abrir me encontré a Aldo Kremm que con las dos manos sostenía el regalo que yo le había mandado a la hija. A medio envolver con el mismo papel pero ahora todo roto. Las puntas desprolijas y despatarradas de ese papel me hicieron pensar en una planta carnívora. Aldo no estaba enojado, creo que más bien yo le inspiraba una pena enorme en ese momento. Dice Anita que no puede aceptarte esto, fue todo lo que me dijo. No lo invité a pasar, ni siquiera le hablé. Tomé también con las dos manos, caja y envoltorio, él saludó con un nos vemos y cerré la puerta con el pie. Quemé todo: regalo, planta carnívora y supongo que también la carta, que estaría ahí adentro. Carta a la que imaginé desechada con asco entre medio del paquete, como cuando se agarra con dos dedos y se tira a la basura una cosa sucia o podrida. Después se supo en la escuela, en el pueblo, la chica divulgó algo de lo que decía mi mensaje y ahí se derrumbó todo.

Creo que esas fueron las últimas palabras, que ni él ni yo agregamos nada luego de ese “todo” y nos quedamos unos minutos en silencio, ambos mirando el piso. Finalmente me despedí de Magariño, prometiendo

volver. Cuando salía miré de nuevo las dos ventanas cerradas a la calle, esas que daban hacia lo que para Magariño sería el infierno. Y caminé lento hasta mi casa, abstraído, pensando en esa imagen de un Dios fracasado que mira con ganas de llorar.

SANGRE DE PERRO

Me despierto y, apenas abro los ojos, me viene a la cabeza lo que pasó anoche. No sé qué hora era, estaba bastante fumado, tirado en el sillón cuando escuché los golpes en la puerta. Espié antes de abrir y reconocí a la vecina, una mujer de unos setenta años que con su marido, hace ocho o nueve meses compraron y ocuparon la casa pegada a la mía. Abrí. La mujer me saludó y me pidió disculpas por la hora. Me hablaba con demasiada solemnidad, pero estaba nerviosa me pareció. Me explicó que por un problema familiar iban a ausentarse por unos días y me pidió si yo, desde el tapial podría darle de comer al gato. No sabía nada sobre ellos, y menos que tuviesen un gato. Noté que las manos de la mujer temblaban. Yo miraba cómo le temblaban las manos y por eso, y porque estaba fumado, creo que no podía pensar cuando le dije que no habría problema. Me entregó una bolsa con alimento hasta por la mitad y una taza plástica de color verde dentro de ella. Tírole por el tapial una taza por día me dijo. Él se arreglará para comerla. Me agradeció de nuevo, me dio la mano temblorosa y se fue. Yo entré a mi casa con la bolsa y cierta confusión por el estado en que estaba. Fui hasta el espejo para ver con qué aspecto me habría visto la vecina y entonces escuché el auto de ellos que salía. Y me fui a dormir.

Termino de despertarme y largo un insulto. Resulta que ahora tengo la responsabilidad de darle de comer a un gato. ¿Por qué mierda se les ocurrió elegirme a mí? Hace ya dos años que resolví vivir sin ninguna responsabilidad y entendí que para eso no debía relacionarme con nadie. Después de algún intento de estudiar el profesorado de Biología, de trabajar en una distribuidora de garrafas y del fracaso de una relación con una novia decidí llevar una vida lo más cómoda posible. Mis padres murieron hace dos años, uno detrás del otro en apenas dos meses. Me quedó esta casa, donde nací, más otra casa y un departamento que se alquilan. Con eso y el curro con Ahumada tengo suficiente para la vida que llevo. No

me preocupan, no me importan, mis parientes, mis vecinos, el resto de la gente. Decidí vivir solo y libre. No aspiro a más ni menos que eso: vivir tranquilo.

Menos me importa el gato de los vecinos. No sé de ellos más que vinieron de otra ciudad, del Gran Buenos Aires, me parece, y sospecho que en el barrio casi nadie sabe mucho porque por lo que veo, no son de relacionarse con otra gente. Vi los movimientos el día en que se mudaron y alguna que otra vez me crucé con el hombre o la mujer en la vereda. No recuerdo si nos saludamos. Me parecieron bastante pitucos también. Ahora sé que tienen un gato.

Es jueves. Así que a la noche tengo que salir con Ahumada. Mientras tomo unos mates salgo al patio. Miro el tapial por sobre el que supuestamente debo tirarle la comida al gato. Acerco una banqueta a la pared y me asomo. El patio de los vecinos es una huerta que se parece a las huertas de las revistas. Con una prolijidad extrema está organizada en canteros y almácigos de flores y plantas que no reconozco, perfectamente espaciados. Todas con sus tutores y surcos para el riego, algunas cubiertas con una malla de alambre, otras con una estructura de plástico como si fuera un invernadero en miniatura. Un trabajo de locos me parece. Al gato no lo veo.

Voy a comprar una cerveza para la noche. Siempre tomamos una antes de salir con Ahumada. En la despensa, Videla y una mujer hablan de mis vecinos. Dicen que los han visto por la televisión, que son los abuelos del nene que se cayó en un pozo y del cual están hablando todos los canales. Tal vez por este asunto hoy será la única vez que en el almacén no harán comentarios sobre mí cuando me vaya. El faloper, el vago. Y pensar que los padres eran excelentes. Cosas así dicen de mí en el barrio, especialmente cuando voy a comprar una cerveza al almacén.

Yo no veo televisión, corté el cable hace bastante tiempo. Pongo la radio, en la AM, y efectivamente el caso del nene que se cayó en un pozo en el gran Buenos Aires es el tema del que hablan. Recuerdo un caso similar de cuando yo era chico. Mi madre lo seguía atentamente y todos

los días me leía o comentaba lo que el diario decía al respecto. Una mañana me leyó que un muchacho muy flaco se había ofrecido como rescatista. Que lo ataron de los pies y lo metieron en el pozo cabeza abajo para ver si llegaba hasta el chico. La nota decía que el muchacho no había podido llegar hasta el nene pero que había estado cerca y que había salido del pozo desesperado. Me mostró la foto del muchacho. Nunca pude olvidarla. Era tremendamente flaco, los hombros apenas más anchos que la cabeza y tenía la cara de quien ha visto su propia muerte.

Decido que le voy a dar la comida al gato. No me cuesta nada y un gato no habla. Está por anochecer. Lleno la taza verde con esos granos de olor repugnante y los revoleo por encima del muro. A las once va a venir Ahumada y saldremos a trabajar. Nuestro trabajo es juntar sangre de perro. Recorremos los barrios de las afueras buscando a los callejeros, los abandonados, los que duermen afuera, que estén en buen estado, perros tranquilos. Los subimos a la furgoneta engañándolos con alguna comida y ahí Ahumada con una habilidad que no sé de dónde sacó, los tranquiliza primero con un jeringazo y después les saca sangre. Un poco. Son perros flacos en general. Mientras ese animal se despierta vamos a buscar otro y así con diez o doce por noche Ahumada va llenando los frascos con anticoagulante que después le vende a un veterinario. Es mercado negro, pero un trabajo seguro, dice Ahumada. Y nadie va a investigar. El tipo que llega con el perro muriéndose y le dicen que necesita una transfusión, no se pone a averiguar de dónde sale esa sangre.

Esto lo hacemos una vez por semana, los jueves. Ahumada me da unos pesos y una bolsita de pasto que me dura hasta la próxima salida.

Viernes. Escucho la radio. Siguen tratando de rescatar al chico. Son días de un calor insoportable, el sol quema pero como no tengo nada que hacer, ni me asomo a la calle. Saco la AM y me quedo escuchando música al lado del ventilador y pienso. Aunque no quiero pensar. Eso era parte de mi proyecto de vida: no pensar, no recordar. Porque incluso los mejores momentos que tengo en mi memoria, casi todos ellos de mi infancia, cuando se me aparecen me llenan de pena.

Tengo que fumar. Armo un buen faso y lo prendo. Está atardeciendo, así que mientras fumo voy a tirar la comida al gato. Me doy cuenta de que en la bolsa no hay mucho alimento, debe quedar, a lo sumo, para dos o tres días más.

Sábado. Me llamó Ahumada para invitarme a una fiesta en una quinta. Me dice que va a haber de todo y que me pasará a buscar a las diez de la noche. Antes de irme a bañar preparo el alimento. Cuando salgo al patio veo al gato sobre el tapial, como si me estuviera esperando. Es la primera vez que se muestra. Un gato ordinario, negro con algunas manchas blancas. Uno como los tantos que veo dando vueltas cuando salimos con Ahumada. Me acerco con la taza y se va. Tiro el alimento y me subo a la banqueta para espiarlo. El gato recorre el patio buscando y comiendo los trocitos desparramados en toda la huerta. A veces me mira. Miro también la huerta, las plantas. Algunas empiezan a marchitarse, hay hojas quemadas por el sol, en otras el pasto de alrededor empieza a cubrirlas, también el gato en la búsqueda de la comida que le tiro pisotea algunas.

Lunes. Me despierto a media mañana. La fiesta del sábado fue de reviente total, con mujeres, pasto y también merca. La merca me mató. Me traje Ahumada al amanecer y dormí todo el domingo completo hasta ahora. Desde el dormitorio oigo maullar al gato. Me doy cuenta de que lleva un día y medio sin comer. Me levanto como puedo, la cabeza se me raja del dolor y salgo al patio. El gato está sobre el tapial, me mira y maúlla. Lleno la taza y se la tiro, la lleno otra vez hasta vaciar la bolsa y vuelvo a tirarle. El gato baja a comer. No queda más alimento. En la radio no escuché nada sobre el chico.

Martes. No pienso gastar un peso en alimento para el gato. Llamo a Ahumada para ver si por el veterinario me puede conseguir algo. Me pregunta desde cuando tengo un gato y me dice que ese veterinario no vende alimento. Se ríe. En la radio informan que han podido sacar el cuerpo sin vida del chiquito. La apago. Fumo hasta gastarme todo el pasto que

había en la bolsita que me dio Ahumada y me voy quedando dormido en el sillón. Triste. Dormirse estando triste es espantoso.

Me despierta el maullido del gato. Me duele mucho la cabeza y quisiera seguir durmiendo pero ese sonido me vuelve loco. Busco sobras de comida en la heladera, un pan de ayer y se las tiro. Al rato vuelve a maullar, parado en el tapial. Quiero dormir. Salgo al patio, junto unos cascotes y se los lanzo. El gato se baja y sigue maullando del otro lado. Junto más piedras, me subo a la banqueta y desde ahí le sigo tirando. El gato corre entre las plantas, chocándolas, pisándolas, hasta que dejo de verlo. Se ha ido o se ha escondido. Vuelvo al sillón a dormir.

Miércoles. Otra vez me despierta el maullido. Pero esta vez lo siento muy cerca. El gato está en mi patio. Maúlla sin parar. Me lavo la cara, voy hasta la despensa con unos pesos y compro un kilo del alimento más barato. Videla me pregunta si sé lo del nieto de los vecinos. Vuelvo a casa, lleno la taza verde pero no la revoleo. Subo a la banqueta, de ahí al tapial y bajo al patio de al lado. El gato me sigue, desconfiado, no muy de cerca. Vuelco el alimento en un plato color rojo que hay en la galería. Al lado hay una olla vieja con algo de agua sucia, con verdín. La vacío y la vuelvo a llenar con el agua de una manguera que encuentro en un rincón. Recorro la huerta. Es la imagen de una devastación, de una catástrofe. Las plantas están achucharradas, rotas, los pastos han invadido los canteros, varios tutores están caídos y el invernadero en miniatura torcido y con algún agujero por mis piedrazos. Vuelvo a mi patio.

Jueves. Me despierto y siento ruidos en la casa vecina. Un motor. Por debajo de mi puerta hay un sobre. De afuera dice gracias por todo y adentro hay un billete de quinientos. Busco la taza verde y la bolsita con lo que queda del alimento que compré, subo a la banqueta y las coloco sobre el tapial. Cuando hago eso, brevemente espío. Un vistazo rápido sin que me vean. Me alcanza para observar a la señora sentada en la galería mirando a la nada y con el gato en su falda. Y al hombre, que con la cortadora de pasto encendida atraviesa la huerta. Arrasando con todo.

EL ESPEJO

El cabo Fissore tiene su primera salida. Desde el asiento del acompañante va mirando, alternativamente, la calle semidesierta, las veredas anchas, los frentes de las casas en su mayoría antiguas, y a quien conduce, el suboficial Cruz, que no ha dejado de protestar desde que salieron de la comisaría.

- A los tres al loquero, tendrían que mandar -dice Cruz.

Entonces Fissore lo mira. Luego vuelve la vista hacia la ventanilla y observa las casas, tratando de buscar algún detalle. Le resulta útil esa táctica del uso de un detalle para memorizar. Lo ha hecho cuando ingresó a la escuela de policía para recordar los apellidos de los compañeros y lo hace ahora que está conociendo a los que trabajan con él en este sitio: Galván, el que tiene un lunar debajo de la oreja, Jiménez, la que tiene las cejas depiladas, demasiado finas y así con todos, hasta que el nombre o el apellido se le quede grabado.

- La mujer y los dos chicos, al manicomio, directo, y que se dejen de joder. No sé para qué están los de la asistencia social -sigue protestando Cruz.

Fissore de nuevo gira la cabeza para mirarlo. Cruz tiene treinta y siete años, catorce más que Fissore. Cruz tiene una mancha blanca en el párpado derecho que se le ve solamente cuando pestaña.

- No hay semana en que el borrego no haga quilombo. Y no es que sea peligroso el asunto. Se resuelve fácil, es cosa de cinco minutos. Lo que me rompe las pelotas es que todas las semanas sea la misma historia y la única opción sea llamar a la policía. ¿Para qué están los de asistencia social? -vuelve a decir Cruz-. Los tres derecho al loquero, la madre y los dos hijos.

Fissore que lo ha estado mirando protestar, vuelve la vista hacia adelante. Se termina el asfalto, la camioneta empieza a sacudirse por los pozos de la calle de tierra. Hace tres días que Fissore está en el pueblo. Apenas recibido, el padre, también policía, lo convenció de que era mejor

irse a una comunidad chica, y a través de algunos contactos le consiguió el lugar. Ahí todavía respetan a la policía, no es como acá, y podés formar una familia y vivir tranquilo, le dijo el padre.

- ¿Qué lío hacen? -pregunta Fissore.

- Es el loquito chico -contesta Cruz-. Bueno, de chico no tiene nada, ya pasó los veinte años. Pero no le da la cabeza. De cuando en cuando la madre lo deja afuera, le cierra todas las puertas y las ventanas y al loquito le da un ataque. Empieza a gritar y a revolear cosas, lo que encuentre. Los vecinos están cansados de aguantarlos y llaman a la policía.

- ¿Cómo se llama esta calle? -pregunta Fissore.

- No sé -dice el otro-, acostúbrate a que acá las direcciones son por referencias: la cuadra del almacén de Brítez, de la plaza doblando a la izquierda, la calle del club, a la vuelta de Aguas Corrientes y así se manejan todos. Es inofensivo el chico, ya vas a ver, -dice Cruz volviendo al tema-. Le pegás un par de gritos y se calma. Si es necesario hay que mostrarle el machete, le tiene más miedo que a la pistola. Parece que una vez lo trajeron un rato a la comisaría y se lo hicieron conocer bien. Yo no estaba, ojo, me lo contaron. Era con el comisario anterior. Yo nunca lo toqué, no hace falta. Lo amenazás un poco y se baja del caballo enseguida, se sienta en el suelo y se pone a llorar. Galván usa otra estrategia, le lleva caramelos o le da plata para que se los compre. El chico se desespera por un caramelo. Pero yo no la voy con esa. Eso a la larga termina mal. Son cinco minutos nomás, pero ya te digo, no es por lo complicado del problema que me calienta, es porque pase todas las semanas lo mismo y nadie haga nada.

Se detienen. Sobre la mitad de la calle hay una bicicleta tirada y un desparramo de macetas vacías. La casa está unos metros hacia adentro del terreno. En el frente hay una reja con una puerta central abierta y entre la reja y la construcción, dos plantas de jacarandá. En medio de las dos plantas un camino hecho con medios ladrillos recorre los tres metros que hay hasta la puerta de la casa.

Cruz se baja, Fissore también. Se escuchan gritos que parecen acercarse desde el fondo y por un pasillo al costado izquierdo de la casa viene el chico con las manos llenas de ropas.

- Yo también quiero -grita. Yo quiero. Por qué siempre él y yo no.
Ve a los policías, se detiene y deja caer la ropa.

- ¿Qué pasa acá? -grita Cruz, como si no supiera que cada semana pasa lo mismo, como si no acabara de decir que todas las semanas pasa lo mismo.

El chico se queda en el camino de medios ladrillos. Cierra los puños y con ellos se aprieta los ojos.

- Yo quiero, dice, yo quiero -repite, y se larga a llorar.

Cruz lo toma de un brazo y lo acompaña hasta el borde de la vereda.

- Sentate acá y tranquilízate. Cuando dejes de llorar como un marica, juntá todo eso que tiraste, ¿entendido?

El chico asiente con la cabeza. Cruz lo mira a Fissore.

- Hay que quedarse unos minutos más por si le agarra un rebrote, pero ya está. Quedate vos y hacele juntar lo que tiró que yo voy a hacer un mandadito para aprovechar la salida.

Cruz sale en la camioneta.

El chico ya no llora, sigue sentado. Fissore va hasta el medio de la calle y con los pies empieza a empujar las macetas hacia el costado.

- Vamos, entrá la bicicleta -le dice al chico.

Se levanta y la trae hasta la vereda. Se vuelve a sentar.

- ¿Por qué siempre él?, yo también quiero -dice.

Fissore se le acerca, disimuladamente, tiene la mano apoyada sobre el machete.

- ¿Qué es lo que querés? -le pregunta.

- Quiero ir adentro, responde el chico -y revolea al aire un puñado de tierra-. Con ellos, con mi mamá y el Bubi quiero ir.

Vuelve Cruz. Viene fumando y con la ventanilla baja. Con el cigarrillo apretado entre los labios hace una seña con las cejas a Fissore como interrogándolo.

- Todo en orden -dice Fissore.

Ahora con la cabeza Cruz le señala que suba a la camioneta. Antes de arrancar le habla al chico.

- Que sea la última vez -dice subiendo el tono de voz-, a quedarse quietito.

Cuando larga el humo por la boca, entrecierra los ojos y se le ve la mancha blanca en el párpado. El chico no responde y la camioneta arranca.

Fissore permanece en silencio y mirando al frente hasta que estacionan en la puerta de la comisaría. En ese momento pregunta,

- ¿Siempre se enchincha por lo mismo?

Cruz que ya se empezaba a bajar se detiene, con una mano apoyada en la manija de la puerta,

- ¿El chico?

- Sí -explica Fissore-, quiero decir si siempre grita que él también quiere, que quiere ir adentro.

- Siempre igual -dice Cruz-, todas las veces el mismo versito, por eso me tiene las pelotas llenas.

- ¿Y se sabe qué es lo que quiere, por qué lo dejan afuera?

- A mí no me interesa un pito -dice Cruz-, para qué están los de asistencia social, -y se baja de la camioneta.

A las tres de la tarde ha terminado el turno, y como en los días anteriores, Fissore, solo en ese pueblo nuevo, no sabe qué hacer. Va hasta el único locutorio que existe, en la esquina de la plaza y llama a la novia. La cabina no se ve muy hermética y la dueña parece estar atenta a escuchar todo lo que pueda. Fissore no habla cómodo. Desde que supo del destino está tratando de convencer a la novia de que se venga con él. No le está siendo fácil. Sale y se pone a caminar como para familiarizarse con la vida del pueblo. Todavía es horario de la siesta y las calles están desoladas. Cree que no le va a ser sencillo acostumbrarse. El cielo tan vasto, el campo a unas pocas cuadras, un horizonte extenso que deja bien claro que se está lejos de todo, la calma, y sin embargo en este pueblo todo le parece, lo siente, tan... espeso, podría decir. A los diez minutos se da cuenta de que está cerca del domicilio del chico. Reconoce el lugar por un detalle de una de las casas: un llamador en la puerta que representa la cara de un

diablo o un monstruo. Sabe que de ahí derecho sale a lo del chico, y hacia ahí se va.

No hay nadie afuera, la puerta de la casa está abierta. No se oyen tampoco voces. Pasa de largo. Da una vuelta a la manzana y vuelve a detenerse frente a la casa. Se decide a golpear las manos.

- Pase -grita desde adentro una voz de mujer.

Fissore avanza por el camino de medios ladrillos. Al atravesar la puerta, un muchacho que estaba sentado en una silla junto a la mesa se sobresalta. La mujer, de pie detrás de él lo tranquiliza con palmadas en el hombro. El muchacho parece aflojarse. Fissore también se ha asustado. El muchacho tiene un físico enorme.

- Es sordomudo -dice la mujer, quien sostiene un peine en la mano-, no escuchó ni su llamado ni mi respuesta, por eso se asustó cuando usted entró.

La mujer habla pausadamente y sigue con lo que estaba haciendo. Es alta, elegante, tiene la piel muy blanca y un vestido azul oscuro de breteles finos. A Fissore le parece joven. El muchacho tiene los pelos empapados y una toalla celeste rodeándole el cuello. La mujer lo peina despacio y con la toalla celeste seca delicadamente las gotas que cada tanto chorrean por la cara del muchacho.

- Vine a ver cómo está el otro chico -dice Fissore-. Esta mañana estaba muy nervioso.

- Usted es nuevo ¿no?

Fissore responde afirmativamente.

- Siempre hace lo mismo, le dan esos ataques, pero acá en el pueblo lo conocen todos, saben que no es normal, pobrecito. Algún vecino se queja por los ruidos, pero no pasa nada.

- ¿Ahora no está? -pregunta Fissore mientras mira las paredes, la mesada y todo le parece impecable, limpio y ordenado.

- A esta hora va a ver cómo pasa el tren -contesta la mujer.

- Entonces está todo tranquilo -dice Fissore. Buenas tardes -agrega, y se va.

Nota que desde una de las casas de enfrente, una vecina, detrás de la ventana, lo mira salir.

Fissore se aburre en la comisaría. Esta semana ya ha quedado solo en el turno, Cruz hace la noche y Galván, el tercer policía del pueblo, la tarde. La mira a Jiménez, que trabaja en la máquina de escribir, le mira las cejas finas, apenas un trazo.

- ¿Conocés a esa familia del chico que tiene problemas y le agarran los ataques?

- Acá nos conocemos todos -dice Jiménez sin dejar de tipear.

- ¿Son raros, no? -dice Fissore.

- No hay uno cuerdo en esa casa. La madre y el más grande viven encerrados. Sólo el chico sale a hacer los mandados o a dar vueltas por ahí.

- ¿Y el padre?

- Se murió cuando los nenes eran chicos. Era de familia con guita y les dejó un campo que ahora alquilan. Pero los que lo conocieron dicen que era igual que estos tres.

- ¿Y nadie se preocupa por esa gente, cómo vive, qué hacen?

- Qué te importa a vos, Fissore. Dejalos, son locos. Todos acá saben que son locos y los dejan, que vivan así, como los locos.

Fissore dice que prefiere salir a dar vueltas que quedarse aburrido en la comisaría. Sale en la camioneta, mira la hora y toma la calle que lleva a la estación de tren. Está todo cerrado, se baja y la rodea para llegar hasta el andén. Ahí sentado en uno de los tres bancos de madera está el chico. Fissore se acerca, lo saluda. Ve un cartel que dice que el único servicio pasa a las dieciocho treinta y cinco. Son las cuatro de la tarde. Fissore se sienta en el banco junto al chico, que está tranquilo, mirando para el lado en que debe venir el tren. Fissore le convida unos caramelos y empieza a preguntar.

Está terminando la segunda semana de Fissore en el nuevo puesto. Sigue con la rutina de dar vueltas en la camioneta por las calles de las que ya no le importa saber el nombre. Dos turnos más y tendrá un franco de cuatro días que va a aprovechar para viajar a su ciudad. Está pensando en eso cuando Jiménez avisa por la radio que otra vez el chico está con un ataque. Fissore se sobresalta. El aviso que tanto esperó en esas absurdas vueltas recorriendo el pueblo durante días y días. Acelera a fondo, no necesita mirar la casa con el llamador con la cara de un monstruo. Llega y el chico está gritando y revoleando una manguera al medio de la calle.

- Yo también quiero –grita-, yo también.

Fissore frena y se baja rápidamente. Mira hacia los costados y el frente y no ve a ningún vecino curioseando. Le agarra el brazo al chico y le pone en la mano un billete de cincuenta pesos. Le dice que se compre lo que quiera en el quiosco. El chico deja de gritar y sale corriendo con el billete en la mano. Fissore vuelve a mirar alrededor y se mete hacia el fondo de la casa por el pasillo que está a la izquierda. Llega hasta el patio, lleno de canteros y macetas con flores, un patio con la prolijidad de los que se ven en las revistas de jardín. Mira la pared del fondo de la casa, la pared que da a ese patio. Todo es tal cual le explicó el chico. Ve el balde puesto boca abajo que sirve para trepar. Ve el agujero junto al tercer tirante. Todo es tal cual él se hizo contar, hasta el menor detalle, aquella tarde en la estación de tren. Se sube al balde, fuerza la vista tratando de acostumbrarse a la menor claridad del interior de la casa. Busca desesperadamente el espejo. El espejo grande que el chico le ha dicho que está frente a la cama y que desde ese agujero junto al tirante se ve clarito. El espejo del que Fissore sólo puede ver el marco de madera gruesa; el espejo ciego, que nada refleja, porque está cubierto con una toalla celeste.

ACURRUCADA FRENTE A UN VIENTO FRÍO

Otra vez me encuentro contando la historia de aquellos dos viajes de mi infancia. En este caso se la cuento a Gabriela, una amiga reciente a la que conocí en el taller de Teatro. Gabriela es muy afectuosa y me llama Laurita, en diminutivo, como lo hacía mi madre. Nadie más me ha llamado Laurita, ni mi padre, ni siquiera Claudio cuando éramos novios, cuando nos sentíamos tan jóvenes. Quizás sea por mi estatura. Soy más alta que el promedio para las mujeres de esta región y que muchos hombres y eso hace que el diminutivo no parezca adecuado. Mi madre nació en una zona en que las mujeres son más altas y más grandes. Un pueblo de Santa Fe llamado Villa Diego con una importante inmigración lituana, de la que había formado parte mi bisabuela a fines del siglo diecinueve. Ese pueblo al que hice los primeros viajes de mi infancia. Los que ahora le cuento a Gabriela.

En el primero yo tenía ocho años y fuimos en el auto. Mamá me había explicado que había muerto una amiga suya de la adolescencia. La había matado el novio, quien luego se había suicidado. Mamá había nacido y crecido en Villa Diego. Después de terminar la secundaria conoció a papá en un viaje al norte y al poco tiempo se vino a vivir a Bernal, que era la ciudad de mi padre.

Recuerdo a mi madre bastante acongojada durante el primer tramo del viaje. Yo, desde el asiento de atrás, por momentos escuchaba los comentarios que ella hacía y por otros, me distraía con todo lo que esa primera salida de Bernal me revelaba. La ruta, los carteles, el cielo más amplio. Tengo en mi memoria también el comentario de papá que la enojó mucho. Él, que había escuchado más que hablado en ese diálogo, en un momento dijo: Los tipos jodidos no se suicidan. Y mamá se puso furiosa, le reprochó que era un desubicado, que no se le ocurriera decir algo así cuando llegaran a Villa Diego y después de eso no le habló más duran-

te todo el trayecto. Iban los dos mirando hacia adelante, hacia la ruta monótona, casi vacía.

Gabriela me escucha y me mira mientras nos pasamos el mate. No debe entender por qué le cuento esta historia. Ella había venido porque sintió la necesidad de hablar conmigo por algo que le estaba pasando. El marido quería que tuvieran un hijo. Gabriela lleva ya tres años de casada y ella no está segura de querer tenerlo. Pero el marido le insiste cada vez más, parece. Me preguntó si nosotros, es decir, si Claudio y yo también habíamos pasado por alguna situación parecida. Si lo de que no tuviéramos chicos había sido una elección. Así comenzó la charla. Estuve por decirle que si hubiéramos tenido una nena con Claudio, le hubiéramos puesto Laura y que yo la llamaría Laurita. Pero ahora, yo he desviado el tema y estoy hablando de mi infancia y esta historia de los viajes.

Llegamos a la casa de mi tía Lila, la hermana de mi madre que se quedó en Villa Diego y que nunca se casó. Saludamos y enseguida salimos para el responso y entierro de la amiga de mamá. No había tiempo. Yo no recordaba a la tía Lila. Según me contaron la habíamos visitado cuando yo tenía un año. Después no la había visto más. Ella nunca fue a Bernal. Me pareció una mujer linda, alta como mamá y más linda que ella.

En la iglesia, me dejaron afuera con mi padre. Yo me entretenía corriendo por el atrio extenso, y subiendo y bajando las escaleras que lo elevaban desde la vereda. Vi entrar y salir al cajón cerrado, donde iba la amiga de mamá, con un tiro en la cara. Pero no la conocía; no fui capaz entonces de imaginar ese rostro ni la herida que lo surcaba, como un dibujo fatal. De ahí salimos en el cortejo hasta el cementerio, donde de nuevo me dejaron en el auto con papá y desde donde vi, otra vez, el traslado del féretro en las manos de un grupo de hombres. Eso y los ojos llorosos de mamá y tía Lila eran todo lo que hasta entonces yo pude conocer de la muerte.

Era ya cerca del mediodía cuando volvimos a la casa de la tía. Ella y mi madre empezaron a preparar algo para comer. Mi padre salió a caminar por la vereda y yo me quedé jugando en el patio. No había juguetes, pero era un lugar nuevo para mí. Macetas, enredaderas y unas gallinas en el fondo detrás de un alambrado, eran suficientes para entretenerme. Cuando la comida estuvo lista nos ubicamos en la mesa. En una cabecera papá, en la otra la tía y yo entre papá y mamá. Pero para mi sorpresa, había otra persona sentada con nosotros. Quizás porque en mi cara se expresara el asombro o el desconcierto, mamá se apuró a decirme: él es el tío Fernando, nuestro hermano mayor. Me lo dijo en voz baja. El tío Fernando era un hombre grande y con síndrome de Down. Él también me miró por algunos segundos. Yo conocía chicos con ese problema, había tenido incluso un compañerito de jardín, pero nunca había visto a un adulto, casi un viejo como era el tío Fernando.

No vi que papá ni mamá lo saludaran, él había aparecido así, de repente, sentado a la mesa y yo lo miraba. La tía le sirvió el plato sin hablarle y del mismo modo transcurrió todo el almuerzo, con el tío sentado ahí, sin que nadie le dirigiera la palabra, sin que nadie pareciera notar su presencia, y yo, preguntándome por qué nunca me habían hablado de él. Cuando terminamos, se levantó de la silla y desapareció, casi de la misma forma en que había llegado, como un fantasma del que yo ni siquiera pude saber si hablaba.

A la tarde, mamá quiso ir a estar un rato a solas con la madre de su amiga muerta, ya que esa misma tardecita nos volvíamos a Bernal y en la iglesia y el cementerio apenas había podido saludarla. Fue con la tía. Papá y yo nos quedamos en la casa, en el patio. Mientras yo, a través del alambrado le tiraba a las gallinas unos granos de maíz que encontré en una bolsa, papá se recostó en una silla y en un rato estuvo dormido. Creí que era mi oportunidad para poder ver otra vez al tío Fernando, dónde estaba, qué hacía. Tenía mucha curiosidad, no tenía miedo y empecé a recorrer la parte que no había visto de la casa. Caminé por el pasillo y encontré la habitación de la tía con una cama matrimonial antigua, más

adelante el baño, y luego una puerta cerrada. El pasillo terminaba ahí. Si el tío Fernando estaba en la casa no había otra posibilidad que no fuera en esa habitación. Me acerqué tratando de escuchar algún ruido del otro lado de la puerta pero no se oía nada. Me atreví a golpear. El tío Fernando me abrió y yo casi ni lo miré. Porque mi atención se desvió a todo lo que aparecía en el interior de ese dormitorio. Un mundo de muñecas que era el sueño de cualquier chiquilina. Mesitas ratonas, sillas pequeñas, cocinas en miniatura, un pequeño camarín de artistas con maquillajes de toda clase y un espejo rodeado de lamparitas blancas; todo prolijamente arreglado y acomodado. El tío me hizo señas de que me sentara en una butaca, cerca de un rincón. Desde ahí pude ver también un placard, de altura un poco menor a la de la puerta y en él, colgados uno al lado del otro decenas de vestidos para muñecas. En un estante de la parte de abajo también había zapatitos y esarpines. Había muñecas sentadas en la cama, otras en las sillitas. Dos o tres de ellas tenían a su lado un muñeco bebé. Todas bellísimas, peinadas y vestidas como para una fiesta, adornadas con collares y pulseras brillantes. Yo seguía mirando sorprendida y mientras tanto, el tío corría unas zapatillas y ropas suyas hacia un costado de la habitación. Después se dirigió a la mesa de luz, donde tenía un pasacasete, un poco antiguo y lo encendió. Arrancó la música de un vals en un volumen bajo, un susurro casi, y el tío eligió a una de las muñecas, una morocha de pelo muy largo, la abrazó y se puso a bailar con ella. Y lo que al principio me pareció algo gracioso y torpe, se fue convirtiendo en una escena mágica. El cuarto se iluminó con una luz especial y se transformó en un salón de baile como el que yo conocía de las películas de princesas. La muñeca le sonreía, lo abrazaba, y él, mientras movía los pies al ritmo de la música le acariciaba los cabellos. Los dos parecían estar flotando. Las otras muñecas miraban con los ojos bien abiertos, celosas, deseando participar. La compañera de baile se dejaba llevar y en algunos de los movimientos cerraba por un instante los ojos, un pestañeo que parecía demostrar su fascinación por ese hombre que la apretaba entre los brazos. Miré el rostro del tío Fernando y tuve la seguridad de que nunca había visto una expresión de felicidad parecida en la gente que me rodea-

ba. Por la mitad de la canción, el tío acompañó a la morocha hasta su silla e invitó a una rubia, de labios muy rojos, recién maquillados. Ella aceptó encantada y repitieron la danza cruzando de lado a lado la habitación, mirándose a los ojos en todo momento.

De repente el tío se detuvo. Se apuró a apagar el aparato de la música. Ahí pude oír el grito de mi padre desde el patio: Laura, ¿dónde estás, Laura? Salí de la habitación casi corriendo, fui hasta el patio y le dije a papá que estaba buscando el baño. Él, todavía desperezándose se levantó de la silla y me acompañó por el pasillo que yo ya conocía.

A la tardecita, emprendimos el regreso a Bernal. Papá y mamá conversaron durante el viaje. Los escuché atentamente y nunca mencionaron al tío Fernando. Yo a esa edad ya había aprendido que sobre algunas cosas no se podía preguntar. Sobre las cosas que hablaban papá y mamá cuando se enojaban, sobre el suicidio y sobre el tío Fernando, por ejemplo.

Gabriela parece interesada en mi relato, o tal vez esté simulando. Yo por mi parte, mientras cuento casi maquinalmente esta historia reflexiono sobre si todas las veces la he contado igual. Creo que lo único verdadero que tengo de ella son imágenes sueltas, fragmentadas y que todo lo demás, las sensaciones, las emociones, se las he añadido posteriormente; que se fueron gestando en mí con el correr de los años, apareciendo a partir de cuando la conté por primera vez. Como si la memoria fuera solamente una partitura fría, y lo que llamamos el recuerdo, su ejecución, diferente cada vez, única, variable según el momento en que lo convoquemos. La primera vez que la conté fue a Claudio, creo, y cuando ya mamá había fallecido.

Menos de un año después tuve mi segundo viaje. Yo había cumplido los nueve y mamá y papá ya estaban separados. Mamá me retiró un rato antes de la escuela y recién cuando atravesamos la puerta de salida me dijo que viajábamos a Villa Diego porque había muerto el tío Fernando. Tuve por primera vez la sensación de algo que se arrugaba dentro de

mí. Algo que se acurrucaba como para protegerse de un viento frío, o de un techo que se le derrumbaba encima. Fuimos en colectivo y más o menos a mitad del viaje mamá me preguntó si me gustaría que algún día nos fuésemos a vivir a Villa Diego. Le dije que no y seguí pensando en el tío como desde que habíamos salido; y también en las muñecas.

Al tío lo velaban en la casa y esta vez me dejaron ver al muerto. Estaba en la habitación de la tía Lila, en la cama matrimonial, tapado con una sábana celeste, de la que asomaba su cabeza, el cuello de una camisa blanca y una corbata negra. Tal vez, si mis padres me hubieran enviado a catecismo yo hubiera vivido aquello de otro modo, o tal vez no. Pero ellos querían que yo misma eligiera mi religión cuando fuese grande y lo cierto es que no pude concebir en ese momento, con ese primer fallecido que veía en mi vida, que una persona ya no fuera. Que ya no fuera a ser más. Que no volviera a mirar o a pensar o a sentirse a sí mismo como me sentía yo. Quise creer que aun en ese estado debía haber algo que nos conectaba con la vida; como si se la mirara desde afuera. Algo que al tío le permitía decirse al menos eso: me morí, estoy muerto. Estuve ahí unos segundos y me llevaron a la cocina. Pedí ir al baño y dije que sabía dónde estaba. Sin poder acercarme demasiado noté que la puerta de la que había sido la habitación del tío permanecía cerrada.

Hasta entonces, en la casa sólo estábamos la tía y nosotras. Cuando anocheció vino una vecina y un hombre viejo que dijo ser amigo de mi abuelo. A la mañana siguiente cuando me desperté estaba el cura. Desde el colchón en que me habían puesto para dormir en la cocina pude oír que la tía y el cura rezaban en voz alta. Ya me había levantado y mamá me servía la leche cuando un grupo de cuatro hombres vestidos todos iguales entraron a la pieza de la tía con el cajón, cerraron la puerta, hubo ruido de golpes y de herramientas y a mí me estremeció pensar en el tío con los ojos cerrados diciéndose: estoy muerto, ahora están colocando la tapa. En un rato los cuatro hombres salieron de la pieza cargando el ataúd. Frente a la casa esperaba el coche fúnebre. La tía y mamá acompañaron a los

hombres y se quedaron en la vereda hasta que el coche se puso en marcha. No habría cortejo. Mamá lloraba, la tía no. Yo miraba desde la ventana y supe que tenía apenas unos segundos. Que tenía que actuar rápido. Así que corrí por el pasillo con la respiración contenida, toqué el picaporte y la puerta de la habitación del tío Fernando se abrió. Estaba absolutamente vacía. Sólo los muebles con las puertas abiertas de par en par mostrando su desolación. No había una sola muñeca.

Gabriela ha cruzado un brazo sobre su pecho y con el otro se ha llevado la mano a la boca. Qué bárbaro, comenta con la voz un tanto quebrada y lanza un suspiro. Después apoya las dos palmas sobre la mesa y se pone de pie como para irse. Me dice que se le hace la hora de preparar la comida. Nos saludamos, la acompaño hasta la vereda y mientras levanto la mano cuando ella gira para mirarme desde la esquina, me pregunto qué le habrá parecido la historia a Gabriela. Si se la habré contado bien. Si le habrá importado de verdad, porque en definitiva, ella había venido a otra cosa. Había venido a hablarme sobre eso de que no quería tener hijos.

SALIR

Fede va a pasar a las once, como siempre. El Tumba no ha sentido hasta ahora esa incomodidad de los últimos sábados a la noche. Esa angustia que lo viene atormentando desde que se supone que está entrando en la adolescencia y, como todos los adolescentes, como Fede, como el primo de Fede, como todos los compañeros de la escuela, tiene que empezar a salir. Ir al bar y después al boliche. El Tumba hasta ahora se ha resistido a salir. No puede entender cómo sus compañeros se desesperan porque llegue el sábado, cómo planifican, se preparan y sueñan con la llegada de esa noche. Es cierto que él también alguna vez se entusiasmó con la salida de un sábado. Una sola vez, la primera salida, hace casi medio año. Los de quinto organizaban una matinée para los más chicos, los de primero y segundo. Era para recaudar fondos para el viaje, y él que estaba en primero, fue. Se sintió muy mal, ajeno a ese ambiente, a ese comportamiento. Todos parecían pasarla bien en la fiesta, pero él no sabía qué hacer. Algunos hablaban con chicas de otros colegios incluso. Como Valdivia, que conversaba con dos pibas de la Católica y cuando lo vio a él, al Tumba, en un rincón, se acercó con ellas, que se reían de lo que Valdivia les hablaba y le dijo, Tumba, te presento estas dos chicas y ellas le dieron un beso y él dijo solamente hola y miró para el piso, con una vergüenza que lo paralizó. Las rodillas le temblaban. Tumba, qué nombre, dijo una de ellas, la que tenía una colita atada en el pelo, como si no supiera que Tumba no es un nombre, pero Valdivia le había dicho Tumba. Y Valdivia se alejó, riéndose, con las chicas y él se quedó pegado a la pared de ese rincón, sin haber podido verlas bien, porque estaba un poco oscuro, como en todos los bailes y porque cuando dijo hola no las miró, miró para el piso. Tuvo ganas de llorar.

En cuarenta minutos va a pasar Fede. Fede es el que siempre le insiste con que salga, que vaya con ellos, aunque sea solamente al bar, le dice. Y todos los sábados pasa, a la misma hora para ver si por fin se de-

cidio. El Tumba sabe que su propia madre le da manija a Fede para que lo invite a salir. Que salga un poco de acá, se pasa todo el día encerrado, dice la madre del Tumba. Pero Fede no lo jode demasiado, es el que mejor lo entiende o el único. El viernes cuando se despiden a la salida de la escuela, Fede le dice mañana paso, y el Tumba ya sabe que eso significa que a eso de las once, Fede le golpeará la ventana de su dormitorio que da a la calle, y le pedirá que se una al resto del grupo, pero sin joderlo demasiado. Fede lo respeta. Hasta ahora, todos los sábados lo ha encontrado sin prepararse y el Tumba ha dicho que no tenía ganas, que estaba con sueño. Y a medida que han pasado los sábados, le ha sido cada vez más desagradable tener que poner excusas o mentirle a Fede.

Falta menos de media hora para que pase Fede. Cómo se sorprenderían los compañeros si lo vieran en el bar o en el boliche. Esos compañeros que lo han apodado el Tumba. Seguramente se tendría que comer alguna cargada, que digan que va a llover porque salió el Tumba, o, qué milagro, salió el Tumba y que se rían.

Sabe que su problema no se reduce solamente al sábado a la noche. La gente que lo mira, es su problema. Porque salir, es salir a mirar y ser mirado. Que lo juzguen, que lo califiquen. Las miradas examinadoras, despectivas, las risas burlonas, la indiferencia. Todo eso le resulta imposible de soportar. Piensa en su imagen en la mirada de los otros y se siente espantado. No sabe cómo hacen sus amigos para sobrellevarlo, ¿no se dan cuenta o no les importa? Había sido todo tan sencillo en la infancia, cuando no se preocupaba por cómo lo veía la gente. Piensa en lo frágil que resultó esa infancia. Ese mundo sólido, seguro, en el que se sentía tan cómodo, pero que sin que se diera cuenta se le fue quebrando, sin hacer ruido. Se le deshizo, silenciosa, como se deshace una mueca en la muerte.

El Tumba se encierra en su cuarto, desde que vuelve de la escuela, y se la pasa armando máscaras con papel maché que con paciencia da forma, pinta y luego cuelga de las paredes. No a todas las máscaras las cuelga, a varias las ha tirado apenas terminadas. Y esas máscaras lo acom-

pañan también esas noches de sábado cuando se debate con su miedo a salir. No lo intimidan las máscaras, por más monstruosas que muchas de ellas parezcan. Las hace inofensivas, casi hasta la estupidez, la ausencia de ojos, los agujeros vacíos a ambos lados de la nariz.

Más o menos en veinte minutos va a escuchar el golpe de Fede en la ventana. Salvo que se largara a llover. Si llueve se suspende todo, le ha dejado en claro Fede. Nunca le ha dicho a la madre o al padre de esto que le pasa cuando es hora de salir. Cree que le van a responder que no sea tonto, que es tiempo de que se haga hombre. Trata de convencerse de que al fin y al cabo debe ser cuestión de acostumbrarse a las salidas. Tomar una cerveza para desinhibirse un poco, hablar con las chicas, bailar incluso. Que bien puede valer la pena un papelón en los primeros intentos, un fracaso inicial, pero que sirve para curtirse, para aprender a manejarse en la noche como hacen los otros y en un par de fines de semana sentirse cómodo.

De pronto le parece oír un ruido parecido a un trueno. Puede que haya tormenta y entonces va hasta el patio a mirar el cielo, que está completamente estrellado.

Las once menos diez y el Tumba trata de descubrir qué cosa lo hizo ser así, distinto a los amigos. No encuentra otra respuesta que el azar. El maldito azar, influyendo en todo. El que lo hizo aparecer en esta época, en este lugar, rodeado de esta gente. Recuerda una nota que leyó en el diario unos días atrás. La empresa del gas había estado arreglando una instalación a la vera de la ruta. Al día siguiente un hombre viaja solo en su camioneta cuando algo que no había sido del todo bien reparado en esa instalación, explota. Un fragmento de hierro, plano, de unos diez centímetros de lado sale disparado en dirección perpendicular a la ruta. El fragmento viaja a más de cien kilómetros por hora, la camioneta conducida por el hombre también. La probabilidad de encuentro entre el fragmento de hierro y la cabeza del hombre es infinitesimal. El trozo de hierro atraviesa la ventanilla y da en la cabeza del hombre. Si se tratan de

imaginar apenas unas pocas variantes que pudieron haberse dado entre el momento en que el hombre salió manejando desde su casa hasta que pasó por ese lugar, se hace más increíble. Se hace aterrador. El azar que no acepta quejas, ni rezos; implacable, despiadado. Así ha sido también con él.

Fede golpea la ventana. Justo en ese momento el Tumba estaba pensando en los perdedores. En los condenados a pertenecer al bando de los perdedores. Estaba reflexionando sobre lo fácil que los demás perciben al perdedor. Les basta con un primer vistazo para detectarlo. Estaba pensando en eso el Tumba cuando se escuchó el golpe en la ventana. Ahora camina desde la habitación hacia la puerta de calle. Conversa en voz baja con Fede, unas pocas palabras y vuelve a la pieza. Se tira boca arriba en la cama, con la luz encendida y mira los huecos, el vacío que yace en el lugar de los ojos de las máscaras colgadas. Le han dado ganas de hacer una nueva. Una más horrenda, si fuese posible, que cualquiera de las otras.

DEMASIADO CERCA DE ALGO

A eso de las diez de la mañana recibí un mensaje. El remitente aparecía en mi teléfono como Marcelo M. No recordé quién era Marcelo M. hasta que leí lo que el texto decía: anoche se suicidó Cecilia. Marcelo era un amigo de la infancia de Cecilia y lo conocí en algún cumpleaños de ella, con quien salí por más de un año hace bastante tiempo, que se suicidó anoche según me avisa este mensaje.

Respondo el mensaje, escribo: gracias por avisarme. Abrazo, me contesta.

Dejo el teléfono sobre la mesa y me siento en el sillón junto a la ventana. Entran dos mensajes más casi pegados, pero no me vuelvo a verlos. Miro hacia la calle típicamente desierta de la mañana de domingo y no siento ganas de llorar. El asfalto dividido en dos por una línea que separa sol y sombra, una línea prolija y definitiva como una cuestión de vida o muerte.

Pienso a Cecilia en el cajón. Con los ojos cerrados para siempre, justamente ella, que decía que le costaba cerrarlos, que todo era demasiado tremendo en el mundo como para darse el lujo de no mirar. Recuerdo cuando vimos la película “Pelle el conquistador”. A la mañana siguiente me dijo que no había podido cerrar los ojos en toda la noche. Que había estado pensando en la escena de los azotes y que eso no lo podía pensar con los ojos cerrados. La escena era así: Pelle un chico pobre e inmigrante que trabaja en condiciones de esclavitud, que es regularmente azotado y humillado, tiene un amiguito, más o menos de su edad. Se llama Rud, no es normal, tiene alguna deficiencia. Y es más pobre que Pelle. En cierto momento, Rud ve que Pelle tiene una moneda. Le dice entonces que si le da la moneda se deja dar cien azotes. Y Pelle acepta. Le entrega la moneda al amigo, arranca una varilla de entre los pastos y se prepara a pegarle. Rud se saca la remera, se acuesta boca abajo y Pelle empieza con los golpes. Le pega con toda su fuerza, deja una tras otra las líneas de san-

gre en la espalda del amiguito, se agita, pero sigue pegando, con bronca, desencajado, a punto de llorar. El amiguito se queja un poco, dice que le está pegando muy fuerte, pero aguanta. Y a cada dolor del azote mira la moneda y la aprieta más y más en la mano. Por supuesto, Pelle no llega a los cien azotes. Antes, larga la varilla y sale corriendo. Rud, el deficiente, se levanta con un gran esfuerzo, camina casi doblado por el dolor hasta un charco y ahí se acuesta de espaldas, para refrescar las llagas en el agua sucia. Abre la mano y mira con enorme satisfacción a la moneda ganada.

Esa era la escena que a Cecilia no le había dejado cerrar los ojos.

Imagino que como esa, varias otras veces, mientras yo dormía, ella habrá estado acostada de cara al techo o hacia la pared, con los párpados de par en par, en lo negro de la habitación. Con las pupilas dilatadas al extremo, como un túnel profundo y oscuro que se abriera para vomitar de un momento a otro un incontenible pánico interior.

Me levanto a ver los dos mensajes. Es de nuevo Marcelo M. Me cuenta que averiguó la dirección de la casa velatoria y me la pasa. Eso dice el primer mensaje. Abrazo, dice el otro.

Voy a bañarme. Inmóvil, debajo de la ducha repaso el último verano con ella. Aquel verano, cuando ya estábamos a punto de dejarnos y decidimos ir a pasar unos días a Miramar. Sin decirlo, los dos sabíamos que era una despedida. Sé que es difícil querer a alguien como yo, me había dicho una vez. Sin embargo yo la quise, tal vez porque la consideraba única, un ser que estaba mucho más cerca de algo que todos los demás. Eso me parecía. A mí, que también era raro, que no tenía amigos y que me quedaba escuchándola atentamente cuando ella me hablaba. Cuando me contaba sobre sus sueños, por ejemplo. Y se preguntaba ella y me preguntaba a mí si realmente existiría gente que sueña con monstruos y criaturas terroríficas. Yo sueño con la realidad, me decía, con personas comunes en situaciones cotidianas, y no imagino pesadilla peor. Yo la escuchaba y la abrazaba.

Ese verano, el de Miramar, la última tarde antes de volver ocurrió en la playa algo imprevisto. De repente todos los que estaban metidos en el mar se alborotaron. Había aparecido un pingüino que, más arrastrado por las olas que nadando, llegó hasta la orilla. Hizo un intento de ponerse de pie, pero se derrumbó en la arena, en medio del gentío. Se acercó un bañero y enseguida otros dos más. Con una cinta y conos cercaron al animal para que nadie se arrimara demasiado. Cecilia y yo estábamos ahí, mirando al pingüino que apenas se movía, a veces un ala, a veces una pata. El pecho que se inflaba y desinflaba con la respiración. Uno de los bañeros empezó a explicar que era un pingüino de Magallanes, que venía de la zona de Malvinas. Que en sus migraciones, es habitual que alguno de ellos se enferme y se aparte o se pierda y venga a la costa para morir. Entre los curiosos empezaron los reclamos para que llamaran a un veterinario pero el bañero insistía en que no había nada que hacer. Sólo dejarlo en paz y esperar. Dos chicas lo increparon y dijeron que iban a llamar a la municipalidad o a la policía si es que no hacía nada. Cecilia se quedó mirando al pingüino que de a poco iba dejando de moverse. Lo miraba como si lo estuviera acariciando, como si en ese mismo momento sus dedos se deslizaran por las plumas mojadas del animal, a la altura del corazón. Yo me aparté hasta donde teníamos la sombrilla. Al rato vinieron otras personas que levantaron al pingüino y lo llevaron a la casilla de los bañeros. Cecilia seguía parada en el mismo lugar, observando, incluso cuando los tipos ya estaban todos adentro y habían cerrado la puerta. Unos minutos después algunos de ellos salieron. Probablemente el pingüino ya estaba muerto. Me acerqué a ella, tenía la boca apretada, la piel fría; la tomé de un brazo y, en silencio, nos fuimos de la playa.

En el hotel hablamos del pingüino. ¿Sabés lo que me aterra?, me preguntó. Que una persona, aún el más convencido ateo, en su último instante de consciencia debe recurrir a una esperanza, aferrarse a algo bello, a alguna imagen que justifique todo. Pero temo que eso sea una cualidad solamente humana. Un animal, el pingüino, me dijo, no debe haber tenido ni siquiera eso. Y pensarlo me desespera.

Supongo que esa noche tampoco cerró los ojos.

Llego al velatorio. Está casi vacío. Los padres de Cecilia están de pie junto al cajón. Tres o cuatro personas mayores alrededor de ellos. Saludo a los padres y me pongo a mirar a Cecilia. El rostro no ha cambiado desde la última vez que la vi y sin embargo me resulta lejano. No encuentro ahí nada de aquello que yo veía tan parecido a la desesperación. Y eso era ella, ninguna otra cosa. No lo que ahora observo y que puede pensarse como una expresión de calma, de sosiego. Pero que es finalmente una nada. Una pura ausencia desconsoladora.

La madre me ha alcanzado a contar lo del ácido y que ese día no había notado nada raro en ella, que había estado un largo rato en el patio, mirando el cielo, antes de acostarse. La abrazo a la madre. No lloro.

Me siento en un sillón enorme que está en el medio de la sala e imagino ese largo rato de Cecilia en el patio. Sus ojos desmesurados mirando la noche, viéndola en profundidad, en la mayor hondura. Del modo en que ella podía mirar todo. Sintiendo en el espacio yermo la fuerza de la radiación, la energía desbocada en cada estrella, la explosión incesante. Sin encontrar ahí el menor indicio de paz o de reposo. Ni rastros de dioses. Como si para ella esa noche no tuviera más que ofrecerle, cruel e implacable, que la imagen en el espejo de ese punto íntimo de su alma al que en un rato trataría de aniquilar con el ácido.

Entra al velatorio una chica que al igual que a Marcelo, yo encontraba en los cumpleaños. La reconozco aunque no recuerdo el nombre. Saluda a los padres, a otra mujer. Una pena, una vida por delante, le dice la otra mujer. La vida de Cecilia por delante, pienso yo. ¿Cómo podría soportarse? La chica se me acerca mientras se seca unas lágrimas con la mano. ¿Me recordás?, me pregunta. Respondo que sí y me pongo de pie para darle un beso. Nos sentamos los dos en el sillón. Hablamos de los cumpleaños de Cecilia, de las pocas veces que nos vimos. Eran raros ustedes, dice la amiga. Me cuenta que Marcelo está viviendo en Estados Unidos pero que paradójicamente es el primero que se enteró y avisó a los demás. Parece muy duro lo que voy a decir, sigue hablando, ¿pero sabés que siempre sospechamos que Cecilia iba a terminar así? ¿Vos no lo

pensabas? No digo nada. Se queda un par de minutos más, en los que no hablamos. Yo pienso en qué debería haber contestado a su pregunta, ella tal vez piense que es extraño que yo no lllore ni tenga en mi rostro señales de haber llorado. Después me dice que la esperan los hijos y se va.

Me quedo solo en el sillón. Muy solo. Más solo que nunca. La sala sigue casi vacía. Me recuesto contra el respaldo y cierro los ojos. Cecilia, me digo, e imagino, me invento como si quisiera escribir el final de una novela, ese último instante suyo, boca arriba en la cama después de aquel sorbo irremediable. El gesto forzado por el sabor horrible, el ardor en la garganta. La Cecilia de los ojos abiertos viendo como siempre lo que otros no ven. Viendo a un pingüino, por ejemplo, que se levanta de la arena y corre hacia el mar, agitando las alas y con el pico abierto de un modo que hasta podría parecer una sonrisa. Y rompo en llanto.

INDICE

Lo que inicia un incendio.....	pág 7
La cuerda sobre el abismo	pág 12
Kimosabi.....	pág 17
El tiempo del caballo.....	pág 23
De olvido, siempre gris	pág 28
Intimo	pág 33
El fracaso de Dios.....	pág 38
Sangre de perro.....	pág 45
El espejo	pág 50
Acurrucada frente a un viento frío	pág 57
Salir	pág 64
Demasiado cerca de algo	pág 68

IMPRESO EN EL MES DE SEPTIEMBRE DE 2021
POR LA EDITORIAL MUNICIPAL CHIVILCOY

*(emch)**
EDITORIAL
MUNICIPAL
CHIVILCOY